



UNIVERSIDAD VIRTUAL ATENEA DE MÉXICO - FUNDACIÓN ATENEA A. C.

# **COLEGIO DE FILOSOFÍA UVAM-FAAC**

## **ANTOLOGÍA III REFLEXIONES SOBRE EL CORONA-VIRUS Y SUS IMPLICACIONES EXISTENCIALES Y SOCIALES**



**CÉLIDA GODINA HERRERA (COMPILADORA)**



**UNIVERSIDAD VIRTUAL ATENEA DE MÉXICO**  
**COLEGIO DE FILOSOFÍA**

**Compiladora** de la Antología, reflexiones filosóficas sobre el corona-virus y sus implicaciones existenciales y sociales

**CÉLIDA GODINA HERRERA**

Ilustración de portada **VIÑETA MALAGÓN**

**DATOS DE LA UVAM-FAAC**

**SECCIÓN D NÚM. 16 COL. UNIDAD GUADALUPE, C. P. 72560**  
**PUEBLA, PUEBLA, MÉXICO.**

**CORREO: [FAAC@FUNDACIONATENEAONLINE.COM.MX](mailto:FAAC@FUNDACIONATENEAONLINE.COM.MX)**

**PAGINA WEB: [WWW.FUNDACIONATENEAONLINE.COM.MX](http://WWW.FUNDACIONATENEAONLINE.COM.MX)**

**TEL. 222 2 44.78.18**

## **ÍNDICE**

<b>CÉLIDA GODINA / PRESENTACIÓN</b>	<b>6</b>
<b>• SILVIA RIBEIRO / CORONAVIRUS, AGRONEGOCIOS Y ESTADO DE EXCEPCIÓN</b>	<b>14</b>
<b>• CLAUDIA KOROL / ENTREVISTA A SILVIA RIBEIRO: NO ECHEN LA CULPA AL MURCIÉLAGO</b>	<b>18</b>
<b>• ENRIQUE DUSSEL / CUANDO LA NATURALEZA JAQUEA LA ORGULLOSA MODERNIDAD</b>	<b>29</b>
<b>• LEONARDO BOFF / EL DESASTRE PERFECTO PARA EL CAPITALISMO DE DESASTRE</b>	<b>34</b>
<b>• FRANCISCO CAMACHO / FRANCISCO Y LA TORMENTA</b>	<b>38</b>
<b>• ATILIO A. BORON / LA PANDEMIA Y EL FIN DE UNA ERA</b>	<b>40</b>
<b>• ESTHER DÍAZ / LENGUA DE LOCA</b>	<b>45</b>
<b>• PAUL B. PRECIADO / LA CONSPIRACIÓN DE LOS</b>	

<b>PERDEDORES</b>	<b>51</b>
• <b>PAUL B. PRECIADO / APRENDIENDO DEL VIRUS</b>	<b>56</b>
• <b>JUAN CRUZ / ENTREVISTA A GÉRALDINE SCHWARZ</b>	<b>78</b>
• <b>JOHN GRAY / ADIÓS GLOBALIZACIÓN, EMPIEZA UN MUNDO NUEVO. O POR QUÉ ESTA CRISIS ES UN PUNTO DE INFLEXIÓN EN LA HISTORIA</b>	<b>85</b>
• <b>PRIMO LEVI / MI CASA</b>	<b>103</b>
• <b>NUCCIO ORDINE / ENTREVISTA A EDGAR MORIN: “VIVIMOS EN UN MERCADO PLANETARIO QUE NO HA SABIDO SUSCITAR FRATERNIDAD ENTRE LOS PUEBLOS”</b>	<b>109</b>

*El hombre moderno, que ya no tiene tiempo para detenerse en las cosas inútiles, está condenado a convertirse en una máquina sin alma. Prisionero de la necesidad, ya no está en condiciones de entender que lo útil puede transformarse en «un peso inútil, agobiante» y que si «no se comprende la utilidad de lo inútil, la inutilidad de lo útil, no se comprende el arte». Así, el hombre que no comprende el arte se vuelve un esclavo o un robot, se transforma en un ser sufriente, incapaz de reír y gozar. Y, al mismo tiempo, puede ser presa fácil de un «fanatismo delirante» (pensemos, en las últimas décadas, en los fanatismos religiosos) o de «cualquier rabia colectiva»:*

*Porque esta gente atareada, ansiosa, que corre hacia una meta que no es humana o que no es más que un espejismo puede, súbitamente, al sonido de cualquier clarín, al llamado de cualquier loco o demonio, dejarse arrastrar por un fanatismo delirante, una rabia colectiva cualquiera, una histeria popular. Las rinocerontitis más diversas, de derecha y de izquierda, constituyen las amenazas que pesan sobre la humanidad que no tiene tiempo de reflexionar, de recuperar su serenidad o su lucidez [...].*

Ordine Nuccio

*Todo lo que el hombre puede ganar al juego de la peste y de la vida es el conocimiento y el recuerdo...*

*La estupidez insiste siempre*

Albert Camus, *La peste*

*Cada generación, sin duda, se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no lo rehará. Pero su tarea acaso sea más grande. Consiste en impedir que el mundo se detenga*

*La única manera de lidiar con este mundo sin libertad es volverte tan absolutamente libre que tu mera existencia sea un acto de rebelión*

Albert Camus



## PRESENTACIÓN

**CÉLIDA GODINA\***

*Si la filosofía quiere conservar su seriedad vital, sus referencias concretas, no debe desterrar completamente de sus consideraciones el modo en que el filósofo viene a encontrarse implicado en aquello que explica*

Humberto Giannini, filósofo chileno (1927-2014)

### **La Convivencia**

La definición etimológica de la palabra convivencia es *conviviere*, que significa cohabitar. Este término señala que una condición necesaria del vivir humano es vivir con los Otros. En el diccionario encontramos definiciones sobre el convivir humano, una de ellas es la que dice que: "La convivencia humana es un proceso que implica demostrar *respeto* por el Otro, *consideración de las diferencias, compromiso, tolerancia y reconocimiento mutuo*". La finalidad de la coexistencia es construir y reconstruir el tejido social y la posibilidad de que haya paz.

---

\* Es doctora en filosofía, profesora- investigadora y rectora de la Universidad Virtual Atenea de México. Líneas de investigación en que trabaja: filosofía de la existencia, filosofía de la técnica, bioética latinoamericana y estudios de género.

Una de las formas de la convivencia son los acuerdos. Convenir algo es llegar a un acuerdo, o al menos *parece*, es decir, verosímilmente así y no de otra manera "este acuerdo, de tal modo resguardado es frágil y transitorio, como tantas cosas en la vida", pero lo importante es que revela el sentido de la palabra "convenir", sentido que se encuentra fundado en el riesgo que supone la existencia. El ser humano en cada acto de asentimiento está obligado a interpretar, a aprender a diferenciar la mala fe de lo que no es mala fe, arriesgarse a analizar si hubo un malentendido, este es el precio de convivir.

La persona humana tiene la necesidad de estar acompañada, de estar con los Otros. La necesidad de estar juntos, de estar "vinculados", de crear vínculos existenciales, determina el ser más profundo de la convicción, la cual está fundada en "el sentimiento de un absoluto operante en la historia contingente de cada individualidad". Con-venir en algo es llegar a un acuerdo, para llegar al acuerdo es necesaria la tolerancia.

La tolerancia exige respeto para el pensar y el sentir de los Otros. La sociedad es quien pone reglas, leyes, códigos que norman y limitan la conducta humana, en ésta última recae la sanción social. No es fácil vivir en sociedad, pues las personas tienen su propia concepción del mundo, lo que trae como consecuencia confrontaciones y violencia, las cuales se viven y se sufren cotidianamente; se pretende superarlas por todos los medios, pero no es posible, esta dificultad deja al descubierto la pregunta de "qué debe el ser humano a la tolerancia (al respeto a la intimidad ajena) y qué a la intolerancia (a la verdad `al verdadero



ideal’).<sup>1</sup> La tolerancia no es pues “soportar lo que venga, ni aguantar a regañadientes a un prójimo inaceptable, ni pactar tácticamente con el malo la injusticia; es una conducta cuya descripción es larga, difícil, cuya delimitación precisa impide confundirla con fenómenos que poseen alguna similitud con ella pero son diferentes, como la permeabilidad, la indulgencia, la complicidad o la paciencia. Esta virtud ética y política -no puramente intelectual-, ‘en última instancia se resuelve en una actitud determinada: la de escuchar la invitación del pensamiento ajeno a que hagamos nuestra su posibilidad’”.<sup>2</sup>

Hay dos sentimientos, uno es el *sentimiento común de respeto* y el otro es el *sentimiento común de permanente confrontación*. La vida moderna nos ha llevado a que desaparezca lo privado (íntimo) y quede lo público (lo expuesto). Querer saber de las y los otros, es el pan de cada día, las redes sociales son testigos de este fenómeno. Por las redes sabemos qué hacen, con quién viven, dónde trabajan, qué sitios frecuentan, a dónde viajan, cuáles son sus gustos, tanto de amigos como de enemigos, como de conocidos como de desconocidos. Se ha llegado a pensar que estamos “comunicados”, bien “informados”, sin embargo, la comunicación humana sigue siendo un problema, es decir, encontrar *que hay de común en la comunicación* para que ésta sea posible. Es evidente que la comunicación en el mundo de hoy ha sido trastocada, lo que hay es tensión e incertidumbre. Ante este panorama

---

1 Humberto Giannini, *Reflexiones acerca de la convivencia humana*, Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1965, p. 104.

2 Jorge Acevedo, “Reflexiones de la obra de Humberto Giannini”, Ver en: [http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/123129/acevedo\\_jorge\\_discurso.pdf?sequence=1&isAllowed=y](http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/123129/acevedo_jorge_discurso.pdf?sequence=1&isAllowed=y) Consultado el 10 de abril, 2020.

es urgente encontrar una experiencia solidaria, es decir, ser sinceros, no querer ser lo que no somos, conciliar nuestro propio bien con el bien común, ser tolerantes, en otras palabras que nuestras vidas se rijan por reales normas éticas de convivencia.

El problema en la hora actual del mundo es la responsabilidad. Apelar a la responsabilidad de cada cual es hablar de lo conveniente, se piensa que lo conveniente es la única fuerza capaz de convencer a las personas; sin embargo, esta forma de vida no va acorde a una ética de la convivencia, pues la vida o la muerte humana están confiadas a "la consecución de una especie de cálculo". Cuando impera la conveniencia, la vida es *mediatizada*, lo cual es un escándalo para la conciencia ética.

La vida de cada persona es un absoluto, esto es así porque quien se aproxima a mi tiene un nombre, un rostro, una intimidad, una historia. La vida en común no debería ser "espiar la vida ajena", no, sino amor y amistad, angustioso anhelo de aclaración y apertura. Sólo la buena fe es capaz de salvar el vínculo que creamos con los Otros, nos salva de los malentendidos, de la soledad, de la tristeza. La experiencia común es el con-vivir, es cuidar-nos, puesto que lo que me pasa es posible que me pase en relación con ellos.

## El coronavirus o COVID 19

*El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar y darle espacio.*

Diálogo entre Marco Polo y Kublai Kan que cierra las *Ciudades invisibles* de Italo Calvino

La pandemia del coronavirus nos plantea cuestiones de suma importancia, entre las cuales se encuentra el llegar a un acuerdo con las y los Otros para cuidarnos, para no enfermarnos y mucho menos morir contagiados. En México se habla del programa "sana distancia"; asimismo, en los medios de comunicación repiten constantemente "quédate en casa" y tener condiciones de higiene.

El comportamiento social no ha sido el esperado. Algunos no creen que exista el virus, otros piensan que no se van a infectar...pero hay otros que al estar en condición de pobreza, cómo van a quedarse en casa sino tienen trabajo, o bien trabajan en el sector informal, es decir, laboran de lo que encuentran. Sin embargo, independientemente de las condiciones sociales en las que se vive, la convivencia aparece como un problema a resolver en la actual pandemia.

Constatamos por los diarios que los índices de violencia familiar o de pareja<sup>3</sup> han aumentado (es bien sabido por diversos informes que se han publicado en los últimos años que los homicidios y violencia contra las mujeres suceden dentro del hogar, y son los hombres quienes las violentan); las empresas o negocios más pequeños han despedido a sus empleados, prefieren quedarse sin trabajadores a pagar un salario mientras dure la cuarentena. Las y los despedidos regresan a sus casas preocupados, angustiados por haber perdido el trabajo, en este escenario la convivencia con la pareja o con los hijos se complica.

En Estados Unidos, hay 12 millones de trabajadores migrantes, su presidente, Donald Trump, utiliza un discurso que exagera la xenofobia hacia los migrantes mexicanos, latinoamericanos y asiáticos. La consecuencia de esta irresponsable actitud no se ha hecho esperar, en USA la convivencia social se halla enrarecida y se multiplican los incidentes racistas, al grado de que los migrantes reciben insultos y ataques físicos, los norteamericanos "sienten" que el migrante, no importa que tenga décadas de vivir en este país, es sinónimo de peligro, de contagio, de enfermedad y muerte.

---

<sup>3</sup> Hay elementos para pensar que este aumento se deberá a: 1. Al aumento de tiempo de convivencia; 2. A que los conflictos surgirán por cuestiones familiares, domésticas o de pareja; 3. A que si hay violencia ésta se prolongará sin que sea interrumpida por el día a día de las actividades cotidianas, pues al no salir a trabajar, llevar a los niños a la escuela, ir de compras o a pasear, lo que resta es violencia; 4. Una pareja con serios problemas personales y en aislamiento se convierte en caldo de cultivo perfecto para que el agresor actúen impunemente. Estar en aislamiento alejará a la mujer violentada de la familia, de las amistades o el trabajo, haciéndola más vulnerable, su pareja deseará tener control sobre ella y querrá seguir sometiéndola.

Vivir en un fraccionamiento cerrado también tiene problemas de convivencia. Pensar que una población pequeña puede ponerse de acuerdo es fácil, pero, por ejemplo, quienes han formado parte de mesas directivas de estos lugares atestiguan sobre las serias dificultades del convivir. Señalan que si bien hay personas solidarias, respetuosas, responsables, comprometidas, preocupadas por el bien común, lamentablemente son los menos, pues la gran mayoría es gente con nula conducta moral y cívica cuya característica es la prepotencia, la amenaza. Tampoco son capaces de acatar ningún reglamento. Problemas de xenofobia, aporofobia,<sup>4</sup> corrupción, violencia, ecocidio,<sup>5</sup> evasión de las responsabilidades, son pan de cada día. Tratar de concientizar al vecindario de que la vida, la salud dependen de todos y no de cada uno, es lo más difícil, cada uno desea seguir mirando hacia sí mismo, sin tomar conciencia de que enfermarse posibilita que enfermen todos. En tiempos de cuarentena organizan fiestas y reuniones familiares; como quieren seguir teniendo comodidades, sin ningún cuidado entran y salen trabajadores del vecindario. Observar lo que acontece en un micro espacio social asombra. El asombro nace al percibir que, lo que sucede en este espacio, refleja la sociedad en que vivimos. Resulta imposible ignorar la crisis espiritual y la destrucción de toda forma de humanidad y solidaridad.

El desafío espiritual de nuestra época es encontrar una conciencia de fines que exprese el problema de la convivencia. Asimismo, trabajar

---

4 (del griego ἄπορος *áporos* 'pobre' y φόβος *fóbos* 'miedo'), es el miedo y el rechazo a la pobreza y hacia las personas pobres.

5 Destrucción del medio ambiente, en especial de forma intencionada.

para hacer posible la comunicación auténtica entre los seres humanos, barrida por una civilización anestesiada por herramientas tecnológicas que traen consigo el imperio de valores utilitarios. La educación humanista con sentido ético deberá ser el vehículo para favorecer una real toma de conciencia que erradique el egoísmo y favorezca la comprensión entre los seres humanos.

Los saberes humanísticos, la cultura y la enseñanza son la fuente de donde beben las ideas de democracia, libertad, justicia, laicidad, igualdad, derecho a la crítica, tolerancia, solidaridad, fraternidad, bien común. Todo un desafío, no sólo político, también ético y existencial.



## **CORONAVIRUS, AGRONEGOCIOS Y ESTADO DE EXCEPCIÓN**

**SILVIA RIBEIRO**

3 marzo, 2020

Mucho se dice sobre el coronavirus Covid-19, y sin embargo muy poco. Hay aspectos fundamentales que permanecen en la sombra. Quiero nombrar algunos de éstos, distintos pero complementarios.

El primero se refiere al perverso mecanismo del capitalismo de ocultar las verdaderas causas de los problemas para no hacer nada sobre ellas, porque afecta sus intereses, pero sí hacer negocios con la aparente cura de los síntomas. Mientras tanto, los estados gastan enormes recursos públicos en medidas de prevención, contención y tratamiento, que tampoco actúan sobre las causas, por lo que esta forma de enfrentar los problemas se transforma en negocio cautivo para las transnacionales, por ejemplo, con vacunas y medicamentos.

La referencia dominante a virus y bacterias es como si éstos fueran exclusivamente organismos nocivos que deben ser eliminados. Prima un enfoque de guerra, como en tantos otros aspectos de la relación del capitalismo con la naturaleza. Sin embargo, por su capacidad de saltar entre especies, virus y bacterias son parte fundamental de la coevolución y adaptación de los seres vivos, así como de sus equilibrios con el ambiente y de su salud, incluyendo a los humanos.

El Covid-19, que ahora ocupa titulares mundiales, es una cepa de la familia de los coronavirus, que provocan enfermedades respiratorias generalmente leves pero que pueden ser graves para un muy pequeño porcentaje de los afectados debido a su vulnerabilidad. Otras cepas de coronavirus causaron el síndrome respiratorio agudo severo (SARS, por sus siglas en inglés), considerado epidemia en Asia en 2003 pero desaparecido desde 2004, y el síndrome respiratorio agudo de Oriente Medio (MERS), prácticamente desaparecido. Al igual que el Covid-19, son virus que pueden estar presentes en animales y humanos, y como sucede con todos los virus, los organismos afectados tienden a desarrollar resistencia, lo cual genera, a su vez, que el virus mute nuevamente.

Hay consenso científico en que el origen de este nuevo virus –al igual que todos los que se han declarado o amenazado ser declarados como pandemia en años recientes, incluyendo la gripe aviar y la gripe porcina que se originó en México– es zoonótico. Es decir, proviene de animales y luego muta, afectando a humanos. En el caso de Covid-19 y SARS se presume que provino de murciélagos. Aunque se culpa al consumo de éstos en mercados asiáticos, en realidad el consumo de animales silvestres en forma tradicional y local no es el problema. El factor fundamental es la destrucción de los hábitats de las especies silvestres y la invasión de éstos por asentamientos urbanos y/o expansión de la agropecuaria industrial, con lo cual se crean situaciones propias para la mutación acelerada de los virus.



La verdadera fábrica sistemática de nuevos virus y bacterias que se transmiten a humanos es la cría industrial de animales, principalmente aves, cerdos y vacas. Más de 70 por ciento de antibióticos a escala global se usan para engorde o prevención de infecciones en animales no enfermos, lo cual ha producido un gravísimo problema de resistencia a los antibióticos, también para los humanos. La OMS llamó desde 2017 a que las industrias agropecuaria, piscicultura y alimentaria dejen de utilizar sistemáticamente antibióticos para estimular el crecimiento de animales sanos. A este caldo las grandes corporaciones agropecuarias y alimentarias le agregan dosis regulares de antivirales y pesticidas dentro de las mismas instalaciones.

No obstante, es más fácil y conveniente señalar unos cuantos murciélagos o civetas –a los que seguramente se ha destruido su hábitat natural– que cuestionar estas fábricas de enfermedades humanas y animales.

La amenaza de pandemia es también selectiva. Todas las enfermedades que se han considerado epidemias en las dos décadas recientes, incluso el Covid-19, han producido mucho menos muertos que enfermedades comunes, como la gripe –de la cual, según la OMS, mueren hasta 650 mil personas por año globalmente. No obstante, estas nuevas epidemias motivan medidas extremas de vigilancia y control.

Tal como plantea el filósofo italiano Giorgio Agamben, se afirma así la tendencia creciente a utilizar el estado de excepción como paradigma normal de gobierno.

Refiriéndose al caso del Covid-19 en Italia, Agamben señala que “el decreto-ley aprobado inmediatamente por el gobierno, por razones de salud y seguridad pública, da lugar a una verdadera militarización de los municipios y zonas en que se desconoce la fuente de transmisión, fórmula tan vaga que permite extender el estado excepción a todas las regiones. A esto, agrega Agamben, se suma el estado de miedo que se ha extendido en los últimos años en las conciencias de los individuos y que se traduce en una necesidad de estados de pánico colectivo, a los que la epidemia vuelve a ofrecer el pretexto ideal. Así, en un círculo vicioso perverso, la limitación de la libertad impuesta por los gobiernos es aceptada en nombre de un deseo de seguridad que ha sido inducido por los mismos gobiernos que ahora intervienen para satisfacerla (<https://tinyurl.com/s5pua93>).

Artículo publicado originalmente en La Jornada.

Fuente: <https://www.elviejotopo.com/topoexpress/coronavirus-agronegocios-y-estado-de-excepcion/>



## ENTREVISTA A SILVIA RIBEIRO\*: NO ECHEN LA CULPA AL MURCIÉLAGO

**CLAUDIA KOROL**

4 de abril 2020

**Silvia Ribeiro en la cumbre sobre cambio climático.**

**Imagen: Francis Dejon**

*Silvia Ribeiro, investigadora nacida en Uruguay que vive en México hace más de tres décadas es la directora para América Latina del Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración (ETC), con estatus consultivo ante el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas. La soberanía alimentaria y el impacto de los desarrollos biotecnológicos en la salud y el ambiente son algunos de los temas sobre los que investiga y que la llevaron a cuestionar, desde el inicio de la pandemia, la ausencia, no solo de la descripción de las causas sino también de las propuestas para modificarlas. En esta entrevista se refiere a este punto nodal, al sistema capitalista de producción y a lo que podemos avizorar, desde el aislamiento obligatorio, como futuro.*

---

\* Silvia Ribeiro es una investigadora y periodista uruguaya, responsable de programas del Grupo ETC (Grupo de Acción sobre Erosión, Tecnología y Concentración) en México. Ha desarrollado actividades como editora, asesora y encargada de campañas en temas ambientales en Uruguay, Brasil, Suecia y México.

**–Aunque llevamos meses hablando de este virus, vale la pena repreguntar: ¿Qué es el Covid -19?**

— Es una cepa -la que da origen a la declaración de pandemia actual- de la familia de los coronavirus, que provoca enfermedades respiratorias generalmente leves, pero que pueden ser graves para un porcentaje de los afectados, debido a su vulnerabilidad. Forma parte de una familia amplia de virus, que como todos muta muy rápidamente. Es el mismo tipo de virus que dio origen al síndrome respiratorio agudo severo (SARS) en Asia, y al síndrome respiratorio agudo de Oriente Medio (MERS).

**–¿De dónde proviene?**

Si bien hay un consenso amplio, científico, que es de origen animal, y se le atribuye su origen a murciélagos, no está claro el lugar de donde proviene, porque la mutación de los virus es muy rápida, y hay muchos lugares en donde se podría haber originado. Con la intercomunicación que hay hoy en día a nivel global, se podría haber llevado de un lugar a otro muy rápidamente. Lo que sí se conoce es que empieza a ser una infección significativa en una ciudad en China. Sin embargo éste no es el origen, sino el lugar en dónde se manifiesta primero.

Rob Wallace, un biólogo que ha estudiado un siglo de pandemias durante 25 años, y que es también filólogo geógrafo, por lo que ha seguido el trayecto de las pandemias y los virus, dice que todos los virus infecciosos de las últimas décadas están muy relacionados a la cría

industrial de animales. Nosotros -del grupo ETC y de GRAIN- ya habíamos visto con el surgimiento de la gripe aviar en Asia y de la gripe porcina (que luego le pusieron A H1N1 para que sea un nombre más aséptico), también del SARS, que está relacionado con la gripe aviar, que son virus que surgen en una situación donde hay una especie de fábrica de replicación y mutación de virus que es la *cría industrial de animales*. Es porque hay muchos animales que están juntos, hacinados. Esto se repite tanto en los pollos como en los cerdos, que no se pueden mover, y por lo tanto tienden a crear muchas enfermedades. Hay cepas diferentes de virus, de bacterias, que se trasladan entre muchos individuos en un espacio reducido. Los animales son sometidos a aplicaciones regulares de pesticidas, para eliminar otra serie de cosas que hay dentro del propio criadero. También hay venenos en los alimentos -en general es maíz transgénico lo que se les da-. Todo está muy relacionado con el negocio de venta de transgénicos para forraje. Les dan una cantidad de antibióticos y antivirales, para prevenir las enfermedades, lo que va creando resistencias cada vez más fuertes. La Organización Mundial de la Salud (OMS) llamó a las industrias de cría de animales, sobre todo de pollos, cerdos, pero también la piscícola y la de pavos, a que dejaran de aplicar tantos antibióticos, porque entre el 70 y el 80% de los antibióticos en el mundo, se usan en la cría industrial de animales. Como son animales que tienen un sistema inmunológico deprimido, están expuestos todo el tiempo a enfermedades, y además también les dan antivirales. Les suministran antibióticos no tanto para prevenir enfermedades, sino para que engorden más rápido. Estos

centros industriales de cría, desde el feedlot hasta la cría de cerdos, de pollos, y de pavos, muy hacinados, crean una situación patológica de reproducción de virus y bacterias resistentes. Pero además, están en contacto con seres humanos que los sacan a las ciudades.

### **—¿Pero proviene o no de los murciélagos?**

— Hay gente que se pregunta: “si se dice que se encontró en un mercado y que proviene de murciélagos ¿cómo llega a los animales que están en cría?» Lo que sucede es que los murciélagos, las civetas, y otros que se supone que han dado origen a varios virus -incluso una de las teorías es que el virus del SIDA proviene de una mutación de un virus que estaba presente en los simios- los expanden debido a la destrucción de los hábitats naturales de esas especies, que se desplazan hacia otros lugares. Los animales silvestres pueden tener un reservorio de virus, que dentro de su propia especie están controlados, existen pero no están enfermando a los animales, pero de pronto se trasladan a un medio donde se vuelven una máquina de producir virus, porque se encuentran con muchas otras cepas y virus. Llegan a esos lugares desplazados de sus hábitats naturales. Eso tiene que ver sobre todo con la deforestación, que paradójicamente es también por la expansión de la frontera agrícola. La FAO reconoce que el 70% de la deforestación tiene que ver con la expansión de la frontera agropecuaria. Incluso la FAO dice que en países como Brasil, donde acabamos de ver todo lo que ha pasado con los incendios, por la deforestación para la ganadería, la

causa de la deforestación es la expansión de la industria agropecuaria en más del 80%.

Son varios factores que se conjugan. Los animales que salen de sus hábitats naturales, sean murciélagos u otro tipo de animales, incluso pueden ser muchos tipos de mosquitos que se crean y se hacen resistentes por el uso de agrotóxicos. Todo el sistema de la agricultura industrial tóxica y química también crea otros virus que producen enfermedades. Hay una cantidad de vectores de enfermedades que llegan a sistemas de hacinamiento en las ciudades, sobre todo en las zonas marginales, de gente que ha sido desplazada y no tiene condiciones de vivienda y de higiene adecuadas. Se crea un círculo vicioso de la circulación entre los virus.

### **—¿Qué opinás sobre los modos en que se está enfrentando la pandemia en el mundo?**

— Nada de lo que está pasando en este momento está previniendo la próxima pandemia. Lo que se discute es cómo enfrentar esta pandemia en particular, hasta que ojalá en algún momento el propio virus encuentre un tope, porque hay una resistencia adquirida en una cantidad importante de población. Entonces éste virus en particular puede desaparecer, como desapareció el SARS y el MERS. Ya no va a afectar, pero van a aparecer otros, o el mismo Covid 19 se va a transformar en el Covid 20 o el Covid 21, por otra mutación, porque todas las condiciones se mantienen iguales. Es un mecanismo perverso.

Se tendría que poner en discusión el sistema alimentario agroindustrial, desde la forma de cultivo, hasta la forma de procesamiento. Todo este círculo vicioso que no se está considerando, hace que se esté preparando otra pandemia.

**— ¿Es posible ubicar a los responsables de esta pandemia?**

— Es el típico mecanismo del sistema capitalista, que crea enormes problemas que van desde el cambio climático hasta la contaminación de las aguas, de los mares, la crisis enorme de salud que hay en los países por la mala alimentación, pero también por los tóxicos a los que está expuesta, que producen una crisis de salud en los humanos. Por supuesto el sistema capitalista no lo va a revisar, porque para eso tendría que afectar los intereses de las empresas transnacionales que son las que acumulan, las que concentran tanto desde la cría industrial de animales, como los monocultivos, como incluso las empresas forestales y la deforestación hecha en forma comercial. En cada uno de los escalones de la cadena del sistema agroalimentario industrial, vamos a encontrar a unas cuantas empresas. Estamos hablando de tres, cuatro, cinco, que dominan la mayor parte de ese rubro, como pasa con los transgénicos que son Bayer, Monsanto, Singenta, Basf, y Corteva. Lo mismo pasa con las que producen forraje para los animales. Por ejemplo Cargill, Bunge, ADM. Todas tienen intereses en la cría industrial de animales, porque son su principal cliente. Muchas veces son copropietarias de estas fábricas de virus.



Además de cuestionar las causas,... habría que cambiarlas. Y cambiarlas cuestiona las bases mismas del sistema capitalista. Es necesario cuestionar los sistemas de producción, sobre todo el sistema agroalimentario en forma inmediata. Pero también está relacionado con muchas cosas. Por ejemplo: ¿a quién afecta más en este momento la pandemia? A la gente más vulnerable: a quienes no tienen casa, a quienes no tienen agua. Son los mismos desplazados por ese sistema, y porque no pueden acceder a sistemas de salud.

### **—¿Cómo es la respuesta desde los sistemas de salud?**

— En estas décadas de neoliberalismo no se ha atendido a la necesidad de sistemas de atención primaria de la salud, que es lo fundamental; pero tampoco hay sistemas de salud como para atender ahora a toda la gente que se está enfermando en muchos países. Los países donde ha habido menos muertos en relación a la población, son países que tenían sistemas de salud relativamente capaces de atender a su población. Los que los han desmantelado, han quedado peor frente a la pandemia. El sistema es injusto no solamente desde la producción. Es injusto desde el consumo, porque no todos pueden consumir lo mismo. Es injusto en los impactos que provoca en la gente más afectada, que es la más vulnerable. En algunos será por la edad, pero en muchos otros es por enfermedades causadas por el propio sistema agroalimentario industrial, como por ejemplo la diabetes, la obesidad, la hipertensión, las enfermedades cardiovasculares, todos los cánceres del sistema digestivo. Todo eso está relacionado con el mismo sistema que produce

los virus. En medio de eso, vienen los sistemas de “salvataje” de los gobiernos, y en todos los países del mundo, por más que digan que primero van a atender a los pobres, aunque pueda haber esa intención –en otros ni siquiera la hay como en Estados Unidos- en realidad lo que tratan de salvar es a las empresas, porque dicen que son los motores de la economía. Entonces, se vuelve a repetir el mismo esquema. Se vuelve a salvar a las empresas que crearon el problema.

### **–¿Y cuál es el lugar de las industrias farmacológicas frente a la pandemia?**

Ni siquiera frente a la pandemia se habla de las causas, sino que se buscan nuevos negocios, por ejemplo, con la vacuna. Todo el negocio de las vacunas que está habiendo en estos momentos, a ver quién llega primero, quién la patenta. Las farmacéuticas están buscando el negocio. También es un negocio para todas las empresas de informática, con las comunicaciones virtuales. Justamente antes de la pandemia, las famosas empresas GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple, Microsoft), ya eran las empresas más valorizadas a nivel de valor de mercado de sus acciones. Y son las empresas que están haciendo ganancias enormes, porque ha habido una sustitución de la comunicación directa, aún más, a la comunicación virtual. Los proyectos de salvataje de la economía van a apoyar a este tipo de empresas, a las farmacéuticas que van a monopolizar las vacunas, a las empresas de la agricultura industrial que producen estos virus. Es como una repetición permanente de este tipo

de sistema capitalista injusto, clasista, que afecta mucho más a quienes ya de por sí estaban mal.

Hay que decir también que el 72% de causas de muerte en el mundo es por enfermedades no transmisibles: diabetes, enfermedades cardiovasculares, cánceres, hipertensión. Son enfermedades respiratorias pero no por contagio infeccioso sino por contaminación en las ciudades, con el transporte. Todo lo que se está haciendo ahora respecto al coronavirus, es porque da la ilusión en el sistema capitalista, que se puede atacar. Que si hay una pandemia es un problema tecnológico, y la respuesta es crear situaciones reguladas en cada país, que es una resolución de tipo tecnológica.

**— Pero ¿hay otra posibilidad de enfrentar esta crisis que no sea la del aislamiento social?**

— Quiero aclarar que yo estoy de acuerdo en que se tomen las medidas de distanciamiento físico, no social, pero eso debería ser acompañado con medidas que puedan apoyar a quienes no tienen condiciones de hacerlo por su vulnerabilidad. El hecho de seleccionar una enfermedad en particular como en este caso es una enfermedad infecciosa, para desatar toda la batería de lo que sería un ataque global a la situación de pandemia, por un lado no cuestiona las causas, pero por otro lado instala una serie de medidas represivas incluso, muy autoritarias, desde arriba, de decir a la gente: "Haga esto, haga lo otro, porque nosotros sabemos lo que usted tiene que hacer y lo que no". Todo eso está relacionado

con no ver el fondo del problema, las causas, y al mismo tiempo, decir que los únicos que pueden manejar la situación en la que vivimos hoy globalmente, es desde arriba, desde gobiernos, empresas, que son los que nos darían la solución y por lo tanto deberíamos aceptar todas las condiciones que nos imponen. Ante esto creo que es fundamental rescatar y fortalecer las respuestas colectivas y desde abajo.

### — **¿Por ejemplo?**

Por un lado, necesitamos entender que hay un sistema alimentario que es el que llega al 70% de la población mundial. Hay trabajos muy serios de investigación de ETC y de GRAIN que muestran que el 70% de la población mundial se mantiene por la producción en pequeña escala de campesinos, pequeños agricultores, también huertas urbanas, y otras formas de intercambio y recolección de comida que son pequeñas, descentralizadas, locales. Esto es lo que le da de comer a la mayor parte de la humanidad. Y no solo es comida más sana, sino es la que llega a la mayor parte de la gente. Habría que fortalecer y apoyar estas alternativas. Es como un paradigma para pensar soluciones desde abajo, descentralizadas, colectivas, de solidaridad, para ver cómo cuidarnos, frente a una amenaza que nos puede infectar, pero cuidarnos también entre nosotros, y seguir trabajando en la creación de culturas completamente cuestionadoras y contrarias al sistema capitalista, porque es lo que está enfermando a toda la humanidad, a la naturaleza, a los ecosistemas y al planeta.

Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/256569-no-le-echen-la-culpa-al-murcielago>

Fuente: <https://rebelion.org/no-echen-la-culpa-al-murcielago/>



## **CUANDO LA NATURALEZA JAQUEA LA ORGULLOSA MODERNIDAD**

**ENRIQUE DUSSEL\***

4 de abril, 2020

Estamos experimentando un evento de significación histórica mundial del que posiblemente no midamos su abismal sentido como signo del final de una época de larga duración, y comienzo de otra nueva edad que hemos denominado la Transmodernidad. El virus que ataca hoy a la humanidad, por primera vez en su milenario desarrollo –en un momento en el que puede tenerse conciencia plena de la simultaneidad (en tiempo real) verificada por los nuevos medios electrónicos– nos da qué pensar en el silencio y aislamiento autoimpuesto de cada ser humano ante un peligro que muestra la vulnerabilidad de un castillo de naipes que vivimos cotidianamente como si tuviera la consistencia de una estructura invulnerable.

El hecho ha producido un sinnúmero de reacciones de colegas filósofos y científicos porque llama profundamente la atención. Queremos agregar un grano de arena a la reflexión sobre el sobrecogedor acontecimiento.

---

\* Enrique Dussel (1934), filósofo, fundador con otros de la Filosofía de la Liberación. trabaja especialmente el campo de la Ética y la Filosofía Política.

Allá por 1492, Cristóbal Colón, un miembro de la Europa latino-germánica, descubre el Atlántico, conquista Amerindia y nace así la última Edad del Antropoceno: la Modernidad, produciendo además una revolución científica y tecnológica, que dejó atrás a todas las civilizaciones del pasado, catalogadas como atrasadas, subdesarrolladas y artesanales. Lo denominaremos el Sur global; y esto hace sólo 500 años.

El yo europeo produjo una revolución científica en el siglo XVII, una revolución tecnológica en el XVIII, habiendo desde el siglo XVI inaugurado un sistema capitalista con una ideología moderna eurocéntrica, colonial (porque esa Europa era el centro del sistema-mundo gracias a la violencia conquistadora de sus ejércitos que justificaban su derecho de dominio sobre otros pueblos), patriarcal, y, como culminación, el europeo se situó como explotador sin límite de la naturaleza.

Sin embargo, los valores positivos inigualables de la Modernidad, que nadie puede negar, se encuentran corrompidos y negados por una sistemática ceguera de los *efectos negativos* de sus descubrimientos y sus continuas intervenciones en la naturaleza. Esto se debe, en parte, al desprecio por el valor *cualitativo* de la naturaleza, en especial por su nota constitutiva suprema: el ser una "cosa *viva*", orgánica, no meramente maquínica; no es sólo una cosa extensa, cuantificable.

Hoy, la *madre* naturaleza (ahora como metáfora adecuada y cierta) se ha rebelado; ha jaqueado a su hija, la humanidad, por medio

de un insignificante componente de la naturaleza (naturaleza de la cual es parte también el ser humano, y comparte la realidad con el virus). Pone en cuestión a la modernidad, y lo hace a través de un organismo (el virus) inmensamente más pequeño que una bacteria o una célula, e infinitamente más simple que el ser humano que tiene miles de millones de células con complejísimas y diferenciadas funciones. Es la naturaleza la que hoy nos interpela: ¡O me respetas o te aniquilo! Se manifiesta como un signo del final de la modernidad y como anuncio de una nueva Edad del mundo, posterior a esta civilización soberbia moderna que se ha tornado suicida. Como clamaba Walter Benjamin, había que aplicar el freno y no el acelerador necrofílico en dirección al abismo.

La naturaleza no es un mero *objeto* de conocimiento, sino que es el Todo (la Totalidad) dentro del cual existimos como seres humanos: somos fruto de la *evolución de la vida* de la naturaleza que se sitúa como nuestro origen y nos porta como su gloria, posibilitándonos como un efecto interno y, por ello, no metafóricamente, la ética se funda en el primer principio absoluto y universal: el de afirmar la Vida en general, y la vida humana como su gloria!, porque es condición de posibilidad absoluta y universal de todo el resto; de la civilización, de la existencia cotidiana, de la felicidad, de la ciencia, de la tecnología y hasta de la religión. Mal podría operar alguna acción o institución si la humanidad hubiera *muerto*.

Se trata entonces de interpretar la presente epidemia como si fuera un bumerán que la modernidad lanzó contra la naturaleza (ya que es el efecto no intencional de mutaciones de gérmenes patógenos que

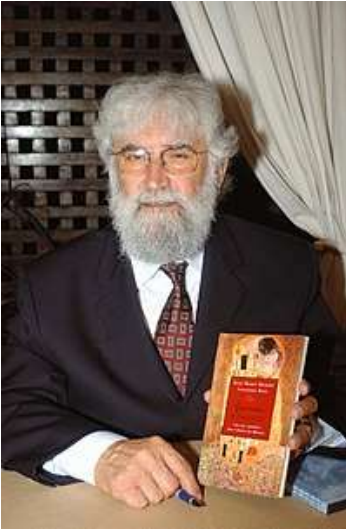


la misma ciencia médica e industrial farmacológica ha originado), y que regresa contra ella en la forma de un virus de los laboratorios o de la tecnología terapéutica. La interpretación intentada indica que el hecho mundial, *nunca experimentado antes* y de manera tan globalizada que estamos viviendo, es algo más que la generalización política del estado de excepción (como lo propone G. Agamben), la necesaria superación del capitalismo (en la posición de S. Žižek), la exigencia de mostrar el fracaso del neoliberalismo (del Estado mínimo, que deja en manos del mercado y el capital privado la salud del pueblo), o de tantas otras muy interesante propuestas.

Creemos que estamos *viviendo por primera vez en la historia* del cosmos, de la humanidad, los signos del agotamiento de la modernidad como última etapa del Antropoceno, y que permite vislumbrar una nueva *edad de mundo*, la Transmodernidad, en la que la humanidad deberá aprender, a partir de los errores de la modernidad, a entrar en una nueva edad del mundo donde, partiendo de la experiencia de la necro-cultura de los últimos cinco siglos, debemos ante todo *afirmar la Vida* por sobre el capital, por sobre el colonialismo, por sobre el patriarcalismo y por sobre muchas otras limitaciones que destruyen las condiciones universales de la reproducción de esa vida en la Tierra. Esto debiera ser logrado pacientemente en el largo plazo del siglo XXI que sólo estamos comenzando. En el silencio de nuestro retiro exigido por los gobiernos para no contagiarnos de ese signo apocalíptico... tomemos un tiempo en pensar sobre el destino de la humanidad en el futuro.

Fuente:

<https://www.jornada.com.mx/2020/04/04/opinion/008a1pol?fbclid=IwAR1bTIDYnuznVLXkcYIQ-PNuqvFOcvZbUyodxrdZFk7bEBTXGm9yCKu2I-I>



## **EL DESASTRE PERFECTO PARA EL CAPITALISMO DE DESASTRE**

**LEONARDO BOFF\***

21 de marzo, 2020

La pandemia actual de coronavirus representa una oportunidad única para repensar la forma en que habitamos la Casa Común, la forma en que producimos, consumimos y nos relacionamos con la naturaleza. Ha llegado el momento de cuestionar las virtudes del orden del capital: acumulación ilimitada, competencia, individualismo, indiferencia ante la miseria de millones, la reducción del Estado y la exaltación del lema de Wallstreet: "la codicia es buena" (*greed is good*). Todo esto ahora está en jaque. Tiene los días contados.

Lo que puede salvarnos ahora no son las empresas privadas, sino el Estado, con sus políticas generales de salud, siempre atacadas por el sistema de "mercado libre" y serán las virtudes del nuevo paradigma – defendido por muchos, y por mí–, del cuidado, de la atención, de la solidaridad social, la corresponsabilidad y la compasión.

---

\* Leonardo Boff (Concordia, Brasil, 1938) es un teólogo, ex-sacerdote franciscano, escritor, profesor y ecologista brasileño.

El primero en ver la urgencia de este cambio fue el presidente francés, neoliberal y del mundo financiero, Emmanuel Macron. Habló claramente: "Queridos compatriotas, necesitamos sacar lecciones del momento en que estamos pasando, cuestionar el modelo de desarrollo que nuestro mundo eligió hace décadas, que muestra sus fallas a la luz del día, y cuestionar las debilidades de nuestras democracias. Lo que revela esta pandemia es que la salud gratuita sin condiciones de ingresos, historial personal o profesión, y nuestro Estado de Bienestar Social, no son costos, ni cargas, sino bienes preciosos, ventajas indispensables cuando el destino llama a la puerta. Lo que revela esta pandemia es que hay bienes y servicios que deben estar fuera de las leyes del mercado".

Aquí muestra su plena conciencia de que una economía de mercado, que todo lo comercializa, y su expresión política, el neoliberalismo, son perjudiciales para la sociedad y para el futuro de la vida.

Aún más sorprendente fue la periodista Naomi Klein, una de las críticas más perspicaces del sistema mundial, y que sirvió como título de mi artículo: "El coronavirus es el desastre perfecto para el capitalismo de desastre". Esta pandemia produjo el colapso del mercado de valores (intercambios), el corazón de este sistema especulativo, individualista y anti-vida, como lo llama el Papa Francisco. Este sistema viola la ley más universal del cosmos, de la naturaleza y el ser humano: la interdependencia de todos con todos; que no hay ser, mucho menos nosotros los humanos, como una isla desconectada de todo lo demás.

Además, no reconoce que somos parte de la naturaleza y que la Tierra no nos pertenece para explotarla a voluntad, sino que pertenecemos a la Tierra. En opinión de los mejores cosmólogos y astronautas, que ven la unidad de la Tierra y la Humanidad, somos esa parte de la Tierra que siente, piensa, ama, cuida y adora. Sobreexplotando la naturaleza y la Tierra, como lo estamos haciendo en todo el mundo, nos estamos dañando, y nos estamos exponiendo a sus reacciones, incluso a los castigos que nos impone. Es una madre generosa, pero puede enfadarse y enviarnos un virus devastador.

Apoyo la tesis de que esta pandemia no puede combatirse sólo por medios económicos y sanitarios –que siempre serán indispensables–. Lo que nos exige es cambiar el tipo de reacción que tenemos con la naturaleza y la Tierra. Si, después de que la crisis ha pasado y no hacemos los cambios necesarios, la próxima vez, puede ser que sea la última, ya que nos convertimos en enemigos de la Tierra, y puede que ya no nos quiera aquí.

El informe del profesor Neil Ferguson en el Imperial College de Londres declaró: "este es el virus más peligroso desde la gripe H1N1 de 1918. Si no hay una respuesta inmediata, habría 2'2 millones de muertos en Estados Unidos y 510.000 en Reino Unido". Esta declaración fue suficiente para que Trump y Johnson cambiaran de posición de inmediato, comprometiendo tardíamente grandes sumas para fortalecer a la población. Mientras, en Brasil, al Presidente no le importa, trata el asunto como una "histeria" colectiva, y en palabras de un periodista alemán de la Deutsche Welle: "Actúa criminalmente. Brasil está dirigido

por un psicópata, y el país haría bien en deponerlo tan pronto como sea posible. Habría muchas razones para ello". Esto es lo que el Parlamento y el STF, por amor a la población, deberían hacer sin demora.

La hiper-información y las apelaciones en los medios no son suficientes. Eso no nos mueve a cambiar el comportamiento requerido. Tenemos que despertar nuestra razón sensible y cordial. Superar la indiferencia y sentir el dolor de los demás con el corazón. Nadie es inmune al virus. Ricos y pobres, tenemos que mostrar solidaridad entre nosotros, cuidarnos personalmente y cuidar a los demás, y asumir la responsabilidad colectiva. No hay puerto de salvación. O nos sentimos humanos, co-iguales, en la misma Casa Común, o nos hundiremos todos.

Las mujeres, como nunca antes en la historia, tienen una misión especial: ellas saben sobre la vida y los cuidados necesarios; pueden ayudarnos a despertar nuestra sensibilidad, hacia los demás y hacia nosotros mismos. Ellas, junto con los operadores de salud (personal médico y de enfermería) merecen nuestro apoyo sin restricciones. Cuidar a quien nos cuida, para minimizar los males de este terrible asalto a la vida humana.

Fuente: <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=974>



## FRANCISCO Y LA TORMENTA

**FRANCISCO CAMACHO\***

28 de marzo, 2020

No es la Plaza de San Pedro la que está deshabitada: son los corazones los que están deshabitados de la compasión. Y Francisco habla a esa soledad, mirando el rostro de quienes no están ahí, y el rostro de aquellos que tal vez nunca estén.

El andar presbítero, el andar anciano, parece reflejar los años vividos, pero también un espíritu que, decidido, invita a aprovechar la oportunidad de mirar al hermano: “no es el Cristo que juzga, el que está ahora en medio de esta tormenta –dice Francisco-: es el Cristo que espera que los hombres juzguen los tiempos.

El marco de la reflexión es el relato evangélico de los pescadores en medio de la tormenta: mientras ellos temen la catástrofe inminente, su Maestro duerme en la popa de la barca; en el límite del riesgo. Duerme, no teme porque tiene a Dios.

El hombre de blanco, de paso sereno, habla en silencio, y casi al oído, a la imagen que para los creyentes es el consuelo materno de María, y para los no creyentes es un icono ancestral de la fe. Dobla la

---

\* Francisco Camacho (México, 1960) es doctor en derechos humanos y retos éticos, profesor desde hace 35 años, columnista y periodista desde hace 20 años.

rodilla trémula ante el crucifijo que para los creyentes es la salvación de la peste que asoló la Italia del siglo 17, y para los no creyentes es la escultura que recuerda la historia de la indefensión humana.

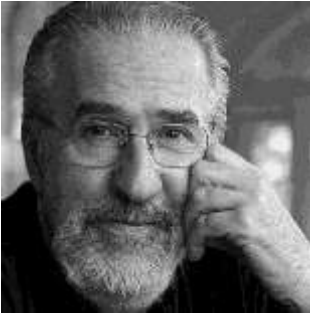
Un pontífice que conjuga en sus plegarias la buena voluntad de quienes creemos y de quienes no creen. No hay distinción. Abre sus brazos al consuelo. En el eco del canto gregoriano que acompaña al sacramento con el que Francisco bendecirá al mundo, se oyen las voces que se alzan evidenciando la pequeñez del hombre.

Silencio...

Francisco está durmiendo en la orilla de la barca, lo mismo que Jesús. Porque confía. Y hace la señal de la cruz en esa plaza vacía. Da la bendición Urbi et orbi (para la ciudad y el mundo) que, para quienes creemos, es la repetida oración que también convoca a los no creyentes: "no nos dejes ceder en la prueba..."

Fuente: <http://signis.net/noticias/medios/28-03-2020/francisco-y-la-tormenta>





## LA PANDEMIA Y EL FIN DE UNA ERA

**ATILIO A. BORÓN\***

3 de abril, 2020

El neoliberalismo es la primera víctima fatal del coronavirus.

El coronavirus ha desatado un torrente de reflexiones y análisis. Sobran las razones para incursionar en esa clase de conjeturas porque si de algo estamos completamente seguros es que la primera víctima fatal que se cobró la pandemia fue la versión neoliberal del capitalismo. Decimos la "versión" porque el COVID-19 liquidó al neoliberalismo pero no a la estructura que lo sustenta: el capitalismo como modo de producción y como sistema internacional. La era neoliberal ya es un cadáver aún insepulto pero imposible de resucitar. El capitalismo, en cambio, aún resiste y su futuro es incierto. Pero nada autoriza a darlo ya por muerto.

Simpatizo mucho con la obra y la persona de Slavoj Žižek pero esto no me alcanza para otorgarle la razón cuando, en la estupenda nota de María Daniela Yaccar en Página 12 del 29 de marzo (<https://www.pagina12.com.ar/255882-la-filosofia-y-el-coronavirus-un-nuevo-fantasma-que-recorre->) sentencia que la pandemia le propinó "un golpe a lo Kill Bill al sistema capitalista" luego de lo cual, siguiendo la metáfora cinematográfica, éste debería caer muerto a los cinco segundos. No ha ocurrido y no ocurrirá porque, como lo recordara Lenin

---

\* Atilio Borón (Buenos Aires, 1943) es un politólogo y sociólogo argentino.

en más de una ocasión, "el capitalismo no caerá si no existen las fuerzas sociales y políticas que lo hagan caer." El capitalismo sobrevivió a la pandemia de la mal llamada "gripe española", que ahora sabemos vio la luz en la base militar Fort Riley (Kansas) , y que según los imprecisos cálculos de su letalidad, exterminó entre 20, 50 y 100 millones de personas. Resistió también al derrumbe global producido por la Gran Depresión, demostrando una inusual resiliencia para procesar las crisis e inclusive salir fortalecido de ellas. Pensar que en ausencia de aquellas fuerzas sociales y políticas anticapitalistas ahora se producirá el tan anhelado deceso de un sistema inmoral, injusto y predatorio, enemigo mortal de la humanidad y la naturaleza, es más una expresión de deseos que producto de un análisis concreto. Zizek confía en que para salvarse la humanidad tendrá que recurrir a "alguna forma de comunismo reinventado". Es posible y deseable, sin dudas. Dependerá de si "los de abajo no quieren y los de arriba no pueden seguir viviendo como antes", cosa que por ahora no sabemos. Pero la coyuntura presenta otro posible desenlace: "la barbarie". O sea, la reafirmación de la dominación del capital recurriendo a las formas más brutales de explotación económica, coerción político-estatal y manipulación de conciencias y corazones a través de su hasta ahora intacta dictadura mediática y de la eficacia de su imperio de vigilancia global.

En la nota ya aludida el filósofo de Byung-Chul Han se arriesga a decir que "tras la pandemia, el capitalismo continuará con más pujanza." Creemos que se equivoca porque si algo ya se dibuja en el horizonte es el generalizado reclamo de la sociedad a favor de una mucho más activa

intervención del estado para controlar los efectos desquiciantes de los mercados en la provisión de servicios básicos de salud, vivienda, seguridad social, transporte y para poner fin al escándalo de la concentración de la mitad de la riqueza del planeta en el 1 % más rico de la población. Ese mundo post-pandémico tendrá mucho más estado y mucho menos mercado, y éstos estarán más regulados, con poblaciones “concientizadas” y politizadas por el flagelo a que han sido sometidas y propensas a buscar soluciones solidarias, colectivas, inclusive “socialistas” en países como Estados Unidos, nos recuerda Judith Butler, repudiando el desenfreno individualista y privatista exaltado durante cuarenta años por el neoliberalismo.

En una entrevista reciente Noam Chomsky habla del “monumental fracaso” de los mercados y los gobiernos neoliberales en cuidar la salud de la población.” ([https://www.youtube.com/watch?time\\_continue=61&v=t-N3In2rLI4](https://www.youtube.com/watch?time_continue=61&v=t-N3In2rLI4) )

“Reagan y Thatcher decían que el problema era que los gobiernos sofocaban a los mercados” y que, por lo tanto, “había que acabar con los gobiernos” y su intervención en las áreas de salud, seguridad social, vivienda, educación, transporte, etcétera. En EEUU ese programa se cumplió escrupulosamente: Trump anuncia una gran operación antinarcóticos en el Caribe para hostigar a Venezuela y Cuba y en la misma nota el *Washington Post* reproduce la opinión oficial de que la pandemia podría “causar entre 100 y 240.000 muertes.” ¿Por qué

tantas? Porque según la American Hospital Association el número de camas de hospital disminuyó en un 39 % en los últimos años a fin de aumentar la tasa de ocupación de las camas (hasta oscilar en torno al 90 %) y aumentar la rentabilidad de los hospitales. Según esta misma fuente el país dispone de 924,100 camas pero muchas de ellas están ocupadas por pacientes crónicos y las que cuentan con Unidades de Cuidados Intensivos (UCI) son a lo sumo 64.000 camas. El Johns Hopkins Center for Health Security informó el mes pasado que si la pandemia es moderada requeriría hospitalizar a un millón de personas, 200.000 de las cuales requerirían camas aptas para las UCI. Una pandemia severa enviaría a los hospitales casi 10 millones, y unos 2.9 millones requerirían camas con UCI. Obviamente, muchísima gente morirá fuera de los hospitales. La destrucción de la salud pública se corrobora también cuando se observa que los centros de salud locales y estatales tienen un 25 % menos de personal que en el 2008; que el presupuesto del crucial Center for Disease Control cayó un 10 % en términos reales bajo Trump y que éste desmanteló la oficina de la Casa Blanca para coordinar las luchas contra las epidemias creada por Obama para combatir el Ébola en 2014.

Las estadísticas de la destrucción del sistema de salud revelan el contubernio entre gobiernos neoliberales y los traficantes de la salud: hospitales e industria farmacéutica. Difícil que después del desastre que se avecina vaya a haber mucha gente en EEUU que se burle de Bernie Sanders cuando hable de la medicina socializada. Después de esta pandemia, y de la debacle económica que dejará como saldo, el mundo

será muy distinto al que conocimos. Casi 10.000.000 de nuevos desocupados se inscribieron en el Seguro Social esta semana. Además, ¿qué ocurrirá con los 80 millones que o no tienen seguro de salud o que el que tienen no les sirve? ¿Seguirán votando por mantener la "privatización" de la salud? ¿Querrán morir a los 70 años, como pide el Vicegobernador de Texas, para reanimar a la economía? ¿Cómo va a actuar el 45 % de la fuerza de trabajo sin licencia paga por enfermedad? Deberá elegir entre ir a trabajar y contagiar o contagiarse de otros, o comer. Lo que parecía normal, hasta "natural", antes de la pandemia ahora aparece como una monstruosidad. Por eso, el mundo que ya destruyó no volverá a renacer. Estamos en las vísperas de una nueva era, y si nos concientizamos, luchamos con inteligencia y nos organizamos adecuadamente podremos crear un mundo mejor, mucho mejor.

Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/257122-la-pandemia-y-el-fin-de-una-era>

## LENGUA DE LOCA

**ESTHER DÍAZ\***

3 de abril, 2020

*Malamadre y encerrada, dos veces mala*

*Si el distanciamiento social obligatorio está hecho para salvar vidas, algún tipo de colchón se necesitaría también para que las madres y cuidadoras de niños amortigüen su deseo de comerse a las crías. Y es que aunque no se las aplauda todas las noches, sobre sus espaldas sigue cayendo el peso de lo doméstico y por lo tanto de la emergencia por coronavirus-19. Aquí otra perlita de la lengua afilada de la filósofa punk, Esther Díaz.*



Imagen: José Nico

---

\* Esther Díaz (Ituzaingó, Argentina, 1939) es filósofa y ensayista. Su obra incluye estudios y ensayos sobre los discursos y las prácticas sexuales contemporáneas. También ha publicado libros y artículos en donde indaga al problema de la Posmodernidad y las expresiones de esta última tanto en la ciencia como en la vida cotidiana de los individuos.

“Igual te vas a morir”, espeta de mal modo un vecino que veo y escucho desde el balcón de mi departamento. En la puerta de su edificio comenzó a aparecer después de varios días de cuarentena. Nunca lo había visto. Parece que el encierro obligatorio lo expulsa a la calle. Se ve que tiene necesidad de comunicarse. De pie y apoyado en el marco de la puerta, acecha a quienes pasan con barbijo y guantes (a pocos metros hay un super chino). Pero su agresivo “igual te vas a morir” es selectivo: cuando pasa un hombre -aunque vaya con escafandra- baja la vista, no dice ni mu. Hostiga únicamente a las mujeres.

Si en estos momentos de miedo y encierro las mujeres son más agredidas que de costumbre, así, gratuitamente, por desconocidos, en la calle, ¿qué estará ocurriendo en el interior de varias viviendas? Por los relatos de mujeres a quienes consulto y por las puteadas que llegan de hogares vecinos recuerdo *A puertas cerradas (Huis Clos)*, de Jean Paul Sartre. Dos mujeres y un hombre -aunados por la amistad- son condenados a permanecer encerrados para siempre. La habitación es hermética y pequeña. La armonía de los primeros momentos comienza a resquebrajarse y, mientras transcurre el tiempo sin tiempo del aislamiento, hablan de los tormentos del averno. Parrillas al espiedo donde las ánimas son asadas como un lechón. Es tal el caos de la convivencia forzada, que el amor se escabulle y la compañía se torna insoportable. Finalmente, el hombre se da cuenta. “¡Ah!, qué broma. No hay necesidad de parrillas; el infierno es este, el infierno son los otros”.

Ahora bien, si se tienen hijos por supuesto hay que cuidarles. Pero el mandato patriarcal no designa compartir tareas con el padre (sé que hay padres -no muchos- que lo hacen, pero me estoy refiriendo al mandato). Es más, da por supuesto que ellas son las responsables. El ochenta por ciento de las actividades de cuidado recae sobre las mujeres. La irrupción del COVID-19 representa un giro del calidoscopio histórico. Asistimos a una transmutación de todos los valores. Pero existe una constante. Ni el invisible asesino viral logra cambiarla. Los roles establecidos a partir de la discriminación de las minorías en general y de las mujeres en especial no se han alterado. Al contrario, en épocas como esta se refuerzan porque tanto en la guerra como en la paz la mujer debe cuidar, no ser cuidada.

Hay un imperativo para la buena madre sobre la conexión a la matrix internet de sus niños. Deberían ser pocas horas diarias. Dejar espacio a la creatividad: leer libros, jugar, estimular la imaginación. Pero lo cierto es que *les enfants terribles* se pueden pasar el día frente a la pantalla. ¿Qué hacer? Aprovechar para estudiar. La educación a distancia pide tareas que no suelen hacer solos, aunque también rechazan algunos señalamientos de la madre. A ella se le cree menos. Si les obligan a hacer las tareas refunfuñan, aunque si no las hacen, la madre se culpa por no haberlo logrado. Sin mencionar ese amor implacable hacia los hijos que te marca para toda la vida.

Además, hay que cocinar sano para que estén pertrechados contra el virus. También hay que limpiar. Se les indica que ordenen sus cuartos,



(si los tienen). Otra misión imposible. Entusiasmo un día, rechazo el otro. Y las madres ya no tienen mucha energía porque, como la población mundial, están desorientadas.

Otra obligación es manejar el miedo y que los menores no sean víctimas de pánico. Nuevo aprendizaje. ¿Cómo no transmitir miedo si ellas mismas lo sienten? Hay una sobrecarga de las madres en estos momentos demasiado intensos. Si bien nunca las mamás se la llevan de arriba y si bien en épocas de pandemia hay cosas peores que estar encerrada en su propia casa. Así mismo no se pueden dejar de considerar los peligros: hay más de un feminicidio por día, desde que comenzó el aislamiento. O, ¿cómo acceder a abortos clandestinos en cuarentena? (ya que no hay otros). O, ¿cómo convivir en una casilla precaria? O, ¿cómo contener, entretener, trabajar y cuidar? ¿Y yo qué?, ¿quién cuida a quienes cuidan?, se pregunta la madre

Desde los mitos originarios se hostiga el cuerpo femenino. No basta con que Eva -como paradigma de madre nutricia- incube fetos durante nueve meses, se ocupe de las necesidades cotidianas y después de parir, amamante; además debe sufrir en el parto. ¿Y el padre de la criatura?, ¡ah!, por ahí anda, eligiendo hojas de parra para su zunga.

El patriarcado eyacula sus miserias sobre ciertos cuerpos. "A la mujer, dijo el Señor: le multiplicaré en gran número los dolores de sus preñeces: con dolor dará a luz a sus hijos: su deseo será solo para su marido; y él será su dueño." (Génesis 3.16).

\* \* \*

Calentura, la trampa de la naturaleza. Te aflojás tanto que hasta permitís que te metan algo extraño. Incluso si estás muy cachonda, rogás que te lo metan. Un presente griego. Potencia de invasión. Lo sabés, pero en ese momento hasta lo deseas. Cuando la jeringa humana se retira ya estás invadida. Te hicieron un trasplante. Te metieron moléculas portadoras de vida. Pero de una vida otra. Una vida que no va a nutrirse a sí misma, va a chuparte por dentro y por fuera. A veces vomitás. Si tu cuerpo no lo expulsa, el intruso comienza a crecer. Según pasan los meses hasta se permite moverse dentro tuyo. ¡Qué lindo!, dice la mayoría, a mí me resultaba inquietante.

¡Y lo había deseado! ¿Y quién no lo desea? Los beneficios de la maternidad ya los conocemos. Pero hasta que no se lo vive, no se sabe lo que puede un feto, luego bebé, niño y adolescente. Un largo camino.

¿Y el horror de la violación? ¡Sáquenme esto que me puso el viejo! Suplicaba llorando la nena de once años violada por su abuelo. La derecha justificó al violador e intentó que siga el embarazo, que no sea mala madre.

Me escribe una amiga en cuarentena con sus dos hijos. Mientras le ayudaba en las tareas al mayor, el pequeño jugaba con el gato. El nene se cansó de verlo tan blanco. Buscó tintura de su mamá y pasó a la acción. Intempestivo el gato saltó sobre el teclado de la computadora. Chorreaba tintura. Mi amiga gritaba y el gato la miraba con ojos

transparentes como a la espera de nuevas maravillas... Encima, si te hartás y decís ¡basta!, sos una mala madre.

Fuente: <https://www.pagina12.com.ar/256577-malamadre-y-encerrada-dos-veces-mala>



Imagen: Marie Rouge

## LA CONSPIRACIÓN DE LOS PERDEDORES

### Sobre la vida después de COVID-19

**PAUL B. PRECIADO\***

26 de marzo, 2020

Me enfermé en París el miércoles 11 de marzo, antes de que el gobierno francés ordenara el confinamiento de la población, y cuando me levanté el 19 de marzo, un poco más de una semana después, el mundo había cambiado. Cuando me fui a la cama, el mundo era cercano, colectivo, viscoso y sucio. Cuando salí de la cama, se había vuelto distante, individual, seco e higiénico. Durante la enfermedad, no pude evaluar lo que estaba sucediendo desde un punto de vista político y económico porque la fiebre y la incomodidad se apoderaron de mi energía vital. Nadie puede ser filosófico con una cabeza explosiva. De vez en cuando miraba las noticias, lo que solo aumentaba mi descontento. La realidad no se distinguía de un mal sueño, y la portada de los periódicos era más desconcertante que cualquier pesadilla provocada por mis febriles delirios. Durante dos días completos, como una receta contra la

---

\* Paul B. Preciado (España, 1970) es filósofo, curador y activista trans. Semiotext (e) publicó en 2019 *An Apartment on Uranus: Chronicles of the Crossing*, una colección de sus columnas entre 2013 y 2018 para *Libération* y otros medios de comunicación. Su trabajo se centra en temas aplicados y teóricos relacionados con la identidad, el género, la pornografía, la arquitectura y la sexualidad.

ansiedad, Decidí no visitar un solo sitio web. Atribuyo mi curación a eso y al aceite esencial de orégano. No tuve dificultad para respirar, pero era difícil creer que continuaría respirando. No tenía miedo de morir. Tenía miedo de morir solo.

Entre la fiebre y la ansiedad, pensé para mí mismo que los parámetros del comportamiento social organizado habían cambiado para siempre y ya no podían modificarse. Sentí eso con tal convicción que me atravesó el pecho, incluso cuando mi respiración se hizo más fácil. Todo retendrá para siempre la nueva forma que las cosas habían tomado. De ahora en adelante, tendríamos acceso a formas cada vez más excesivas de consumo digital, pero nuestros cuerpos, nuestros organismos físicos, se verían privados de todo contacto y de toda vitalidad. La mutación se manifestaría como una cristalización de la vida orgánica, como una digitalización del trabajo y el consumo y como una desmaterialización del deseo.

**Lo primero que hice cuando me levanté de la cama después de haber estado enfermo con el virus durante una semana que era tan vasto y extraño como un nuevo continente, fue hacerme esta pregunta: ¿En qué condiciones y de qué manera valdría la vida? ¿vivo?**

Los que estaban casados ahora estaban condenados a vivir las veinticuatro horas del día con la persona con la que se habían casado, tanto si se amaban como si se odiaban, o ambos al mismo tiempo, lo que, por cierto, es el caso más típico: las parejas, se rigen por una ley

de física cuántica según la cual no existe oposición entre términos contrarios, sino más bien una simultaneidad de hechos dialécticos. En esta nueva realidad, aquellos entre nosotros que habían perdido el amor o que no lo habían encontrado a tiempo, es decir, antes de la gran mutación de COVID-19, estaban condenados a pasar el resto de nuestras vidas totalmente solos. Sobreviviríamos pero sin contacto, sin piel. Aquellos que no se habían atrevido a decirle a la persona que amaban que los amaban ya no podían contactarlos, incluso si podían expresar su amor y ahora tendrían que vivir para siempre con la anticipación imposible de un encuentro físico que nunca tendría lugar. Aquellos que habían elegido viajar permanecerían para siempre al otro lado de la frontera, y los ricos que iban a la orilla del mar o al campo para pasar el período de confinamiento en sus agradables segundas residencias (¡pobres ellos!) Nunca podrían regresar. A la ciudad. Sus hogares serían requisados para acomodar a las personas sin hogar, quienes, a diferencia de los ricos, vivían a tiempo completo en la ciudad. Bajo la nueva e impredecible forma que las cosas tomaron después del virus, todo quedaría en piedra. Lo que parecía un bloqueo temporal continuaría por el resto de nuestras vidas. Tal vez las cosas volverían a cambiar, pero no para aquellos de nosotros mayores de cuarenta años. Esa era la nueva realidad. La vida después de la gran mutación. Por lo tanto, me preguntaba si valía la pena vivir así.

The first thing I did when I got out of bed after having been sick with the virus for a week that was as vast and strange as a new continent, was to ask myself this question: Under what conditions and in which

way would life be worth living? The second thing I did, before finding an answer to that question, was to write a love letter. Of all the conspiracy theories I had read, the one that beguiled me the most is the one that says that the virus was created in a laboratory so that all the world's losers could get back their exes—without really being obliged to get back together with them.\*\*

Repleto de lirismo y ansiedad acumulados durante una semana de estar enfermo, asustado e incierto, la carta a mi ex no fue solo una declaración de amor poética y desesperada, fue sobre todo un documento vergonzoso para quien lo había firmado. Pero si las cosas ya no podían cambiar, si aquellos que estaban muy separados nunca podrían volver a tocarse, ¿cuál era el significado de ser ridículo de esta manera? ¿Cuál era el significado de decirle ahora a la persona que amas que la amabas, todo sabiendo que con toda probabilidad ella ya te había olvidado o reemplazado, si nunca podrías volver a verla? El nuevo estado de las cosas, en su inmovilidad escultórica, confirió un nuevo grado de *lo que carajo*, incluso en su propia ridiculez.

Escribí a mano esa carta fina y terriblemente patética, la puse en un sobre blanco brillante y en ella, con mi mejor letra, escribí el nombre

---

\*\* Traducción de la compiladora: Lo primero que hice cuando me levanté de la cama después de haber estado enfermo por el virus durante una semana que era tan vasto y extraño como un nuevo continente, fue hacerme esta pregunta: ¿Bajo qué condiciones y de qué manera valdría la vida? ¿vivo? Lo segundo que hice, antes de encontrar una respuesta a esa pregunta, fue escribir una carta de amor. De todas las teorías de conspiración que había leído, la que más me cautivó es la que dice que el virus fue creado en un laboratorio para que todos los perdedores del mundo puedan recuperar a sus ex, sin estar realmente obligados a volver a estar juntos. ellos.

y la dirección de mi ex. Me vestí, me puse una máscara, me puse los guantes y zapatos que había dejado en la puerta, y bajé a la entrada del edificio. Allí, de acuerdo con las reglas de confinamiento, no salí a la calle; más bien me dirigí hacia el área de basura. Abrí el contenedor amarillo y puse la carta a mi ex allí, el papel era reciclable. Lentamente volví a mi departamento. Dejé mis zapatos en la puerta. Entré, me quité los pantalones y los puse en una bolsa de plástico. Me quité la máscara y la puse en el balcón para que saliera al aire; Me quité los guantes, los tiré a la basura y me lavé las manos durante dos minutos interminables. Todo, absolutamente todo, se estableció en la forma que había tomado después de la gran mutación. Regresé a mi computadora y abrí mi correo electrónico: y allí estaba, un mensaje de ella titulado: "Pienso en ti durante la crisis del virus".

*Traducido del francés por Molly Stevens.*

Fuente: <https://www.artforum.com/slant/the-losers-conspiracy-82586>





SR. GARCÍA

## APRENDIENDO DEL VIRUS

La gestión política de las epidemias pone en escena la utopía de comunidad y las fantasías inmunitarias de una sociedad, externalizando sus sueños de omnipotencia de su soberanía política

**PAUL B. PRECIADO\***

28 de marzo, 2020

Si Michel Foucault hubiera sobrevivido al azote del sida y hubiera resistido hasta la invención de la triterapia tendría hoy 93 años: ¿habría aceptado de buen grado haberse encerrado en su piso de la rue Vaugirard? El primer filósofo de la historia en morir de las complicaciones generadas por el virus de inmunodeficiencia adquirida, nos ha legado algunas de las nociones más eficaces para pensar la gestión política de la epidemia que, en medio del pánico y la desinformación, se vuelven tan útiles como una buena mascarilla cognitiva.

Lo más importante que aprendimos de Foucault es que el cuerpo vivo (y por tanto mortal) es el objeto central de toda política. *Il n'y a pas de politique qui ne soit pas une politique des corps* (no hay política que no sea una política de los cuerpos). Pero el cuerpo no es para Foucault un organismo biológico dado sobre el que después actúa el poder. La

---

\* Filósofo y escritor.

tarea misma de la acción política es fabricar un cuerpo, ponerlo a trabajar, definir sus modos de reproducción, prefigurar las modalidades del discurso a través de las que ese cuerpo se ficcionaliza hasta ser capaz de decir "yo". Todo el trabajo de Foucault podría entenderse como un análisis histórico de las distintas técnicas a través de las que el poder gestiona la vida y la muerte de las poblaciones. Entre 1975 y 1976, los años en los que publicó *Vigilar y castigar* y el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, Foucault utilizó la noción de "biopolítica" para hablar de una relación que el poder establecía con el cuerpo social en la modernidad. Describió la transición desde lo que él llamaba una "sociedad soberana" hacia una "sociedad disciplinaria" como el paso desde una sociedad que define la soberanía en términos de decisión y ritualización de la muerte a una sociedad que gestiona y maximiza la vida de las poblaciones en términos de interés nacional. Para Foucault, las técnicas gubernamentales biopolíticas se extendían como una red de poder que desbordaba el ámbito legal o la esfera punitiva convirtiéndose en una fuerza "somatopolítica", una forma de poder espacializado que se extendía en la totalidad del territorio hasta penetrar en el cuerpo individual.

Durante y después de la crisis del sida, numerosos autores ampliaron y radicalizaron las hipótesis de Foucault y sus relaciones con las políticas inmunitarias. El filósofo italiano Roberto Espósito analizó las relaciones entre la noción política de "comunidad" y la noción biomédica y epidemiológica de "inmunidad". Comunidad e inmunidad comparten una misma raíz, *munus*, en latín el *munus* era el tributo que alguien

debía pagar por vivir o formar parte de la comunidad. La comunidad es *cum* (con) *munus* (deber, ley, obligación, pero también ofrenda): un grupo humano religado por una ley y una obligación común, pero también por un regalo, por una ofrenda. El sustantivo *inmunitas*, es un vocablo privativo que deriva de negar el *munus*. En el derecho romano, la *inmunitas* era una dispensa o un privilegio que exoneraba a alguien de los deberes societarios que son comunes a todos. Aquel que había sido exonerado era inmune. Mientras que aquel que estaba *desmunido* era aquel al que se le había retirado todos los privilegios de la vida en comunidad.

Roberto Espósito nos enseña que toda biopolítica es inmunológica: supone una definición de la comunidad y el establecimiento de una jerarquía entre aquellos cuerpos que están exentos de tributos (los que son considerados inmunes) y aquellos que la comunidad percibe como potencialmente peligrosos (los *demuni*) y que serán excluidos en un acto de protección inmunológica. Esa es la paradoja de la biopolítica: todo acto de protección implica una definición inmunitaria de la comunidad según la cual esta se dará a sí misma la autoridad de sacrificar otras vidas, en beneficio de una idea de su propia soberanía. El estado de excepción es la normalización de esta insoportable paradoja.

**El virus actúa a nuestra imagen y semejanza, no hace más que replicar y extender a toda la población, las formas dominantes de gestión biopolítica y necropolítica que ya estaban trabajando sobre el territorio nacional**

A partir del siglo XIX, con el descubrimiento de la primera vacuna antivariólica y los experimentos de Pasteur y Koch, la noción de inmunidad migra desde el ámbito del derecho y adquiere una significación médica. Las democracias liberales y patriarco-coloniales Europeas del siglo XIX construyen el ideal del individuo moderno no solo como agente (masculino, blanco, heterosexual) económico libre, sino también como un cuerpo inmune, radicalmente separado, que no debe nada a la comunidad. Para Espósito, el modo en el que la Alemania nazi caracterizó a una parte de su propia población (los judíos, pero también los gitanos, los homosexuales, los personas con discapacidad) como cuerpos que amenazaban la soberanía de la comunidad aria es un ejemplo paradigmático de los peligros de la gestión inmunitaria. Esta comprensión inmunológica de la sociedad no acabó con el nazismo, sino que, al contrario, ha pervivido en Europa legitimando las políticas neoliberales de gestión de sus minorías racializadas y de las poblaciones migrantes. Es esta comprensión inmunológica la que ha forjado la comunidad económica europea, el mito de Shengen y las técnicas de Frontex en los últimos años.

En 1994, en *Flexible Bodies*, la antropóloga de la Universidad de Princeton Emily Martin analizó la relación entre inmunidad y política en la cultura americana durante las crisis de la polio y el sida. Martin llegó a algunas conclusiones que resultan pertinentes para analizar la crisis actual. La inmunidad corporal, argumenta Martin, no es solo un mero hecho biológico independiente de variables culturales y políticas. Bien al contrario, lo que entendemos por inmunidad se construye

colectivamente a través de criterios sociales y políticos que producen alternativamente soberanía o exclusión, protección o estigma, vida o muerte.

Si volvemos a pensar la historia de algunas de las epidemias mundiales de los cinco últimos siglos bajo el prisma que nos ofrecen Michel Foucault, Roberto Espósito y Emily Martin es posible elaborar una hipótesis que podría tomar la forma de una ecuación: dime cómo tu comunidad construye su soberanía política y te diré qué formas tomarán tus epidemias y cómo las afrontarás.

Las distintas epidemias materializan en el ámbito del cuerpo individual las obsesiones que dominan la gestión política de la vida y de la muerte de las poblaciones en un periodo determinado. Por decirlo con términos de Foucault, una epidemia radicaliza y desplaza las técnicas biopolíticas que se aplican al territorio nacional hasta al nivel de la anatomía política, inscribiéndolas en el cuerpo individual. Al mismo tiempo, una epidemia permite extender a toda la población las medidas de "inmunización" política que habían sido aplicadas hasta ahora de manera violenta frente aquellos que habían sido considerados como "extranjeros" tanto dentro como en los límites del territorio nacional.

La gestión política de las epidemias pone en escena la utopía de comunidad y las fantasías inmunitarias de una sociedad, externalizando sus sueños de omnipotencia (y los fallos estrepitosos) de su soberanía política. La hipótesis de Michel Foucault, Roberto Espósito y de Emily Martin nada tiene que ver con una teoría de complot. No se trata de la

idea ridícula de que el virus sea una invención de laboratorio o un plan maquiavélico para extender políticas todavía más autoritarias. Al contrario, el virus actúa a nuestra imagen y semejanza, no hace más que replicar, materializar, intensificar y extender a toda la población, las formas dominantes de gestión biopolítica y necropolítica que ya estaban trabajando sobre el territorio nacional y sus límites. De ahí que cada sociedad pueda definirse por la epidemia que la amenaza y por el modo de organizarse frente a ella.

Pensemos, por ejemplo, en la sífilis. La epidemia golpeó por primera vez a la ciudad de Nápoles en 1494. La empresa colonial europea acababa de iniciarse. La sífilis fue como el pistoletazo de salida de la destrucción colonial y de las políticas raciales que vendrían con ellas. Los ingleses la llamaron "la enfermedad francesa", los franceses dijeron que era "el mal napolitano" y los napolitanos que había venido de América: se dijo que había sido traída por los colonizadores que habían sido infectados por los indígenas... El virus, como nos enseñó Derrida, es, por definición, el extranjero, el otro, el extraño. Infección sexualmente transmisible, la sífilis materializó en los cuerpos de los siglos XVI al XIX las formas de represión y exclusión social que dominaban la modernidad patriarcolonial: la obsesión por la pureza racial, la prohibición de los así llamados "matrimonios mixtos" entre personas de distinta clase y "raza" y las múltiples restricciones que pesaban sobre las relaciones sexuales y extramatrimoniales.

**Lo que estará en el centro del debate durante y después de esta crisis es cuáles serán las vidas que estaremos dispuestos a salvar y cuáles serán sacrificadas**

La utopía de comunidad y el modelo de inmunidad de la sífilis es el del cuerpo blanco burgués sexualmente confinado en la vida matrimonial como núcleo de la reproducción del cuerpo nacional. De ahí que la prostituta se convirtiera en el cuerpo vivo que condensó todos los significantes políticos abyectos durante la epidemia: mujer obrera y a menudo racializada, cuerpo externo a las regulaciones domésticas y del matrimonio, que hacía de su sexualidad su medio de producción, la trabajadora sexual fue visibilizada, controlada y estigmatizada como vector principal de la propagación del virus. Pero no fue la represión de la prostitución ni la reclusión de las prostitutas en burdeles nacionales (como imaginó Restif de la Bretonne) lo que curó la sífilis. Bien al contrario. La reclusión de las prostitutas solo las hizo más vulnerables a la enfermedad. Lo que curó la sífilis fue el descubrimiento de los antibióticos y especialmente de la penicilina en 1928, precisamente un momento de profundas transformaciones de la política sexual en Europa con los primeros movimientos de descolonización, el acceso de las mujeres blancas al voto, las primeras despenalizaciones de la homosexualidad y una relativa liberalización de la ética matrimonial heterosexual.

Medio siglo después, el sida fue a la sociedad neoliberal heteronormativa del siglo XX lo que la sífilis había sido a la sociedad

industrial y colonial. Los primeros casos aparecieron en 1981, precisamente en el momento en el que la homosexualidad dejaba de ser considerada como una enfermedad psiquiátrica, después de que hubiera sido objeto de persecución y discriminación social durante décadas. La primera fase de la epidemia afectó de manera prioritaria a lo que se nombró entonces como las 4 H: homosexuales, *hookers* —trabajadoras o trabajadores sexuales—, hemofílicos y *heroin users* —heroinómanos. El sida remasterizó y reactualizó la red de control sobre el cuerpo y la sexualidad que había tejido la sífilis y que la penicilina y los movimientos de descolonización, feministas y homosexuales habían desarticulado y transformado en los años sesenta y setenta. Como en el caso de las prostitutas en la crisis de la sífilis, la represión de la homosexualidad sólo causó más muertes. Lo que está transformando progresivamente el sida en una enfermedad crónica ha sido la despatologización de la homosexualidad, la autonomización farmacológica del Sur, la emancipación sexual de las mujeres, su derecho a decir no a las prácticas sin condón, y el acceso de la población afectada, independientemente de su clase social o su grado de racialización, a las triterapias. El modelo de comunidad/inmunidad del sida tiene que ver con la fantasía de la soberanía sexual masculina entendida como derecho innegociable de penetración, mientras que todo cuerpo penetrado sexualmente (homosexual, mujer, toda forma de analidad) es percibido como carente de soberanía.

Volvamos ahora a nuestra situación actual. Mucho antes de que hubiera aparecido la Covid-19 habíamos ya iniciado un proceso de



mutación planetaria. Estábamos atravesando ya, antes del virus, un cambio social y político tan profundo como el que afectó a las sociedades que desarrollaron la sífilis. En el siglo XV, con la invención de la imprenta y la expansión del capitalismo colonial, se pasó de una sociedad oral a una sociedad escrita, de una forma de producción feudal a una forma de producción industrial-esclavista y de una sociedad teocrática a una sociedad regida por acuerdos científicos en el que las nociones de sexo, raza y sexualidad se convertirían en dispositivos de control necrobiopolítico de la población.

Hoy estamos pasando de una sociedad escrita a una sociedad ciberoral, de una sociedad orgánica a una sociedad digital, de una economía industrial a una economía inmaterial, de una forma de control disciplinario y arquitectónico, a formas de control microprostéticas y mediático-cibernéticas. En otros textos he denominado *farmacopornográfica* al tipo de gestión y producción del cuerpo y de la subjetividad sexual dentro de esta nueva configuración política. El cuerpo y la subjetividad contemporáneos ya no son regulados únicamente a través de su paso por las instituciones disciplinarias (escuela, fábrica, caserna, hospital, etcétera) sino y sobre todo a través de un conjunto de tecnologías biomoleculares, microprostéticas, digitales y de transmisión y de información. En el ámbito de la sexualidad, la modificación farmacológica de la conciencia y del comportamiento, la mundialización de la píldora anticonceptiva para todas las "mujeres", así como la producción de la triterapias, de las terapias preventivas del sida o el viagra son algunos de los índices de la

gestión biotecnológica. La extensión planetaria de Internet, la generalización del uso de tecnologías informáticas móviles, el uso de la inteligencia artificial y de algoritmos en el análisis de *big data*, el intercambio de información a gran velocidad y el desarrollo de dispositivos globales de vigilancia informática a través de satélite son índices de esta nueva gestión semiotio-técnica digital. Si las he denominado pornográficas es, en primer lugar, porque estas técnicas de biovigilancia se introducen dentro del cuerpo, atraviesan la piel, nos penetran; y en segundo lugar, porque los dispositivos de biocontrol ya no funcionan a través de la represión de la sexualidad (masturbatoria o no), sino a través de la incitación al consumo y a la producción constante de un placer regulado y cuantificable. Cuanto más consumimos y más sanos estamos mejor somos controlados.

La mutación que está teniendo lugar podría ser también el paso de un régimen patriarco-colonial y extractivista, de una sociedad antropocéntrica y de una política donde una parte muy pequeña de la comunidad humana planetaria se autoriza a sí misma a llevar a cabo prácticas de predación universal, a una sociedad capaz de redistribuir energía y soberanía. Desde una sociedad de energías fósiles a otra de energías renovables. Está también en cuestión el paso desde un modelo binario de diferencia sexual a un paradigma más abierto en el que la morfología de los órganos genitales y la capacidad reproductiva de un cuerpo no definan su posición social desde el momento del nacimiento; y desde un modelo heteropatriarcal a formas no jerárquicas de reproducción de la vida. Lo que estará en el centro del debate durante

y después de esta crisis es cuáles serán las vidas que estaremos dispuestos a salvar y cuáles serán sacrificadas. Es en el contexto de esta mutación, de la transformación de los modos de entender la comunidad (una comunidad que hoy es la totalidad del planeta) y la inmunidad donde el virus opera y se convierte en estrategia política.

### **Inmunidad y política de la frontera**

Lo que ha caracterizado las políticas gubernamentales de los últimos 20 años, desde al menos la caída de las torres gemelas, frente a las ideas aparentes de libertad de circulación que dominaban el neoliberalismo de la era Thatcher, ha sido la redefinición de los estados-nación en términos neocoloniales e identitarios y la vuelta a la idea de frontera física como condición del restablecimiento de la identidad nacional y la soberanía política. Israel, Estados Unidos, Rusia, Turquía y la Comunidad Económica Europea han liderado el diseño de nuevas fronteras que por primera vez después de décadas, no han sido solo vigiladas o custodiadas, sino reinscritas a través de la decisión de elevar muros y construir diques, y defendidas con medidas no biopolíticas, sino necropolíticas, con técnicas de muerte.

**La Covid-19 ha legitimado y extendido esas prácticas estatales de biovigilancia y control digital normalizándolas y haciéndolas “necesarias” para mantener una cierta idea de la inmunidad**

Como sociedad europea, decidimos construirnos colectivamente como comunidad totalmente inmune, cerrada a Oriente y al Sur, mientras que Oriente y el Sur, desde el punto de vista de los recursos energéticos y de la producción de bienes de consumo, son nuestro almacén. Cerramos la frontera en Grecia, construimos los mayores centros de detención a cielo abierto de la historia en las islas que bordean Turquía y el Mediterráneo y fantaseamos que así conseguiríamos una forma de inmunidad. La destrucción de Europa comenzó paradójicamente con esta construcción de una comunidad europea inmune, abierta en su interior y totalmente cerrada a los extranjeros y migrantes.

Lo que está siendo ensayado a escala planetaria a través de la gestión del virus es un nuevo modo de entender la soberanía en un contexto en el que la identidad sexual y racial (ejes de la segmentación política del mundo patriarco-colonial hasta ahora) están siendo desarticuladas. La Covid-19 ha desplazado las políticas de la frontera que estaban teniendo lugar en el territorio nacional o en el superterritorio europeo hasta el nivel del cuerpo individual. El cuerpo, tu cuerpo individual, como espacio vivo y como entramado de poder, como centro de producción y consumo de energía, se ha convertido en el nuevo territorio en el que las agresivas políticas de la frontera que llevamos diseñando y ensayando durante años se expresan ahora en forma de barrera y guerra frente al virus. La nueva frontera necropolítica se ha desplazado desde las costas de Grecia hasta la puerta del domicilio privado. Lesbos empieza ahora en la puerta de tu casa. Y la frontera no

para de cercarte, empuja hasta acercarse más y más a tu cuerpo. Calais te explota ahora en la cara. La nueva frontera es la mascarilla. El aire que respiras debe ser solo tuyo. La nueva frontera es tu epidermis. El nuevo Lampedusa es tu piel.

Se reproducen ahora sobre los cuerpos individuales las políticas de la frontera y las medidas estrictas de confinamiento e inmovilización que como comunidad hemos aplicado durante estos últimos años a migrantes y refugiados —hasta dejarlos fuera de toda comunidad—. Durante años los tuvimos en el limbo de los centros de retención. Ahora somos nosotros los que vivimos en el limbo del centro de retención de nuestras propias casas.

### **La biopolítica en la era 'farmacopornográfica'**

Las epidemias, por su llamamiento al estado de excepción y por la inflexible imposición de medidas extremas, son también grandes laboratorios de innovación social, la ocasión de una reconfiguración a gran escala de las técnicas del cuerpo y las tecnologías del poder. Foucault analizó el paso de la gestión de la lepra a la gestión de la peste como el proceso a través del que se desplegaron las técnicas disciplinarias de espacialización del poder de la modernidad. Si la lepra había sido confrontada a través de medidas estrictamente necropolíticas que excluían al leproso condenándolo si no a la muerte al menos a la vida fuera de la comunidad, la reacción frente a la epidemia de la peste inventa la gestión disciplinaria y sus formas de inclusión excluyente:

segmentación estricta de la ciudad, confinamiento de cada cuerpo en cada casa.

**Nuestra salud no vendrá de la imposición de fronteras o de la separación, sino de un nuevo equilibrio con otros seres vivos del planeta**

Las distintas estrategias que los distintos países han tomado frente a la extensión de la Covid-19 muestran dos tipos de tecnologías biopolíticas totalmente distintas. La primera, en funcionamiento sobre todo en Italia, España y Francia, aplica medidas estrictamente disciplinarias que no son, en muchos sentidos, muy distintas a las que se utilizaron contra la peste. Se trata del confinamiento domiciliario de la totalidad de la población. Vale la pena releer el capítulo sobre la gestión de la peste en Europa de *Vigilar y castigar* para darse cuenta que las políticas francesas de gestión de la Covid-19 no han cambiado mucho desde entonces. Aquí funciona la lógica de la frontera arquitectónica y el tratamiento de los casos de infección dentro de enclaves hospitalarios clásicos. Esta técnica no ha mostrado aún pruebas de eficacia total.

La segunda estrategia, puesta en marcha por Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Hong-Kong, Japón e Israel supone el paso desde técnicas disciplinarias y de control arquitectónico modernas a técnicas *farmacopornográficas* de biovigilancia: aquí el énfasis está puesto en la detección individual del virus a través de la multiplicación de los tests y de la vigilancia digital constante y estricta de los enfermos

a través de sus dispositivos informáticos móviles. Los teléfonos móviles y las tarjetas de crédito se convierten aquí en instrumentos de vigilancia que permiten trazar los movimientos del cuerpo individual. No necesitamos brazaletes biométricos: el móvil se ha convertido en el mejor brazalete, nadie se separa de él ni para dormir. Una aplicación de GPS informa a la policía de los movimientos de cualquier cuerpo sospechoso. La temperatura y el movimiento de un cuerpo individual son monitorizados a través de las tecnologías móviles y observados en tiempo real por el ojo digital de un Estado ciberautoritario para el que la comunidad es una comunidad de ciberusuarios y la soberanía es sobre todo transparencia digital y gestión de *big data*.

Pero estas políticas de inmunización política no son nuevas y no han sido sólo desplegadas antes para la búsqueda y captura de los así denominados terroristas: desde principios de la década de 2010, por ejemplo, Taiwán había legalizado el acceso a todos los contactos de los teléfonos móviles en las aplicaciones de encuentro sexual con el objetivo de “prevenir” la expansión del sida y la prostitución en Internet. La Covid-19 ha legitimado y extendido esas prácticas estatales de biovigilancia y control digital normalizándolas y haciéndolas “necesarias” para mantener una cierta idea de la inmunidad. Sin embargo, los mismos Estados que implementan medidas de vigilancia digital extrema no se plantean todavía prohibir el tráfico y el consumo de animales salvajes ni la producción industrial de aves y mamíferos ni la reducción de las emisiones de CO<sub>2</sub>. Lo que ha aumentado no es la inmunidad del cuerpo

social, sino la tolerancia ciudadana frente al control cibernético estatal y corporativo.

La gestión política de la Covid-19 como forma de administración de la vida y de la muerte dibuja los contornos de una nueva subjetividad. Lo que se habrá inventado después de la crisis es una nueva utopía de la comunidad inmune y una nueva forma de control del cuerpo. El sujeto del *technopatriarcado* neoliberal que la Covid-19 fabrica no tiene piel, es intocable, no tiene manos. No intercambia bienes físicos, ni toca monedas, paga con tarjeta de crédito. No tiene labios, no tiene lengua. No habla en directo, deja un mensaje de voz. No se reúne ni se colectiviza. Es radicalmente individuo. No tiene rostro, tiene máscara. Su cuerpo orgánico se oculta para poder existir tras una serie indefinida de mediaciones semio-técnicas, una serie de prótesis cibernéticas que le sirven de máscara: la máscara de la dirección de correo electrónico, la máscara de la cuenta Facebook, la máscara de Instagram. No es un agente físico, sino un consumidor digital, un teleproductor, es un código, un pixel, una cuenta bancaria, una puerta con un nombre, un domicilio al que Amazon puede enviar sus pedidos.

### **La prisión blanda: bienvenido a la telerrepública de tu casa**

Uno de los desplazamientos centrales de las técnicas biopolíticas *farmacopornográficas* que caracterizan la crisis de la Covid-19 es que el domicilio personal —y no las instituciones tradicionales de encierro y normalización (hospital, fábrica, prisión, colegio)— aparece ahora como el nuevo centro de producción, consumo y control



biopolítico. Ya no se trata solo de que la casa sea el lugar de encierro del cuerpo, como era el caso en la gestión de la peste. El domicilio personal se ha convertido ahora en el centro de la economía del teleconsumo y de la teleproducción. El espacio doméstico existe ahora como un punto en un espacio cibervigilado, un lugar identificable en un mapa google, una casilla reconocible por un dron.

Si yo me interesé en su momento por la Mansión Playboy es porque esta funcionó en plena guerra fría como un laboratorio en el que se estaban inventando los nuevos dispositivos de control *farmacopornográfico* del cuerpo y de la sexualidad que habrían de extenderse a la a partir de principios del siglo XXI y que ahora se amplían a la totalidad de la población mundial con la crisis de la Covid-19. Cuando hice mi investigación sobre *Playboy* me llamó la atención el hecho de que Hugh Hefner, uno de los hombres más ricos del mundo, hubiera pasado casi 40 años sin salir de la Mansión, vestido únicamente con pijama, batín y pantuflas, bebiendo coca-cola y comiendo Butterfingers y que hubiera podido dirigir y producir que la revista más importante de Estados Unidos sin moverse de su casa o incluso, de su cama. Suplementada con una cámara de video, una línea directa de teléfono, radio e hilo musical, la cama de Hefner era una auténtica plataforma de producción multimedia de la vida de su habitante.

Su biógrafo Steven Watts denominó a Hefner “un recluso voluntario en su propio paraíso.” Adepto de dispositivos de archivo audiovisual de todo tipo, Hefner, mucho antes de que existiera el

teléfono móvil, Facebook o WhatsApp enviaba más de una veintena de cintas audio y vídeo con consigas y mensajes, que iban desde entrevistas en directo a directrices de publicación. Hefner había instalado en la mansión, en la que vivían también una docena de *Playmates*, un circuito cerrado de cámaras y podía desde su centro de control acceder a todas las habitaciones en tiempo real. Cubierta de paneles de madera y con espesas cortinas, pero penetrada por miles de cables y repleta de lo que en ese momento se percibía como las más altas tecnologías de telecomunicación (y que hoy nos parecerían tan arcaicas como un tam-tam), era al mismo tiempo totalmente opaca, y totalmente transparente. Los materiales filmados por las cámaras de vigilancia acababan también en las páginas de la revista.

La revolución biopolítica silenciosa que *Playboy* lideró suponía, más allá la transformación de la pornografía heterosexual en cultura de masas, la puesta en cuestión de la división que había fundado la sociedad industrial del siglo XIX: la separación de las esferas de la producción y de la reproducción, la diferencia entre la fábrica y el hogar y con ella la distinción patriarcal entre masculinidad y feminidad. *Playboy* acató esta diferencia proponiendo la creación de un nuevo enclave de vida: el apartamento de soltero totalmente conectado a las nuevas tecnologías de comunicación del que el nuevo productor semiótico no necesita salir ni para trabajar ni para practicar sexo — actividades que, además, se habían vuelto indistinguibles—. Su cama giratoria era al mismo tiempo su mesa de trabajo, una oficina de dirección, un escenario fotográfico y un lugar de cita sexual, además de

un plató de televisión desde donde se rodaba el famoso programa *Playboy after dark*. *Playboy* anticipó los discursos contemporáneos sobre el teletrabajo, y la producción inmaterial que la gestión de la crisis de la Covid-19 ha transformado en un deber ciudadano. Hefner llamó a este nuevo productor social el “trabajador horizontal”. El vector de innovación social que *Playboy* puso en marcha era la erosión (por no decir la destrucción) de la distancia entre trabajo y ocio, entre producción y sexo. La vida del playboy, constantemente filmada y difundida a través de los medios de comunicación de la revista y de la televisión, era totalmente pública, aunque el playboy no saliera de su casa o incluso de su cama. En ese sentido, *Playboy* ponía también en cuestión la diferencia entre las esferas masculinas y femeninas, haciendo que el nuevo operario multimedia fuera, lo que parecía un oxímoron en la época, un hombre doméstico. El biógrafo de Hefner nos recuerda que este aislamiento productivo necesitaba un soporte químico: Hefner era un gran consumidor de Dexedrina, una anfetamina que eliminaba el cansancio y el sueño. Así que paradójicamente, el hombre que no salía de su cama, no dormía nunca. La cama como nuevo centro de operaciones multimedia era una celda *farmacopornográfica*: sólo podría funcionar con la píldora anticonceptiva, drogas que mantuvieran el nivel productivo en alza y un constante flujo de códigos semióticos que se habían convertido en el único y verdadero alimento que nutría al playboy.

¿Les suena ahora familiar todo esto? ¿Se parece todo esto de manera demasiado extraña a sus propias vidas confinadas? Recordemos

ahora las consignas del presidente francés Emmanuel Macron: estamos en guerra, no salgan de casa y teletrabajen. Las medidas biopolíticas de gestión del contagio impuestas frente al coronavirus han hecho que cada uno de nosotros nos transformemos en un trabajador horizontal más o menos *playboyesco*. El espacio doméstico de cualquiera de nosotros está hoy diez mil veces más tecnificado que lo estaba la cama giratoria de Hefner en 1968. Los dispositivos de teletrabajo y telecontrol están ahora en la palma de nuestra mano.

En *Vigilar y castigar*, Michel Foucault analizó las celdas religiosas de encierro unipersonal como auténticos vectores que sirvieron para modelizar el paso desde las técnicas soberanas y sangrientas de control del cuerpo y de la subjetividad anteriores al siglo XVIII hacia las arquitecturas disciplinarias y los dispositivos de encierro como nuevas técnicas de gestión de la totalidad de la población. Las arquitecturas disciplinarias fueron versiones secularizada de las células monacales en las que se gesta por primera vez el individuo moderno como alma encerrada en un cuerpo, un espíritu lector capaz de leer las consignas del Estado. Cuando el escritor Tom Wolfe visitó a Hefner dijo que este vivía en una prisión tan blanda como el corazón de una alcachofa. Podríamos decir que la mansión Playboy y la cama giratoria de Hefner, convertidos en objeto de consumo pop, funcionaron durante la guerra fría como espacios de transición en el que se inventa el nuevo sujeto prostético, ultraconectado y las nuevas formas consumo y control *farmacopornográficas* y de biovigilancia que dominan la sociedad contemporánea. Esta mutación se ha extendido y amplificado más

durante la gestión de la crisis de la Covid-19: nuestras máquinas portátiles de telecomunicación son nuestros nuevos carceleros y nuestros interiores domésticos se han convertido en la prisión blanda y ultraconectada del futuro.

### **Mutación o sumisión**

Pero todo esto puede ser una mala noticia o una gran oportunidad. Es precisamente porque nuestros cuerpos son los nuevos enclaves del biopoder y nuestros apartamentos las nuevas células de biovigilancia que se vuelve más urgente que nunca inventar nuevas estrategias de emancipación cognitiva y de resistencia y poner en marcha nuevos procesos antagonistas.

Contrariamente a lo que se podría imaginar, nuestra salud no vendrá de la imposición de fronteras o de la separación, sino de una nueva comprensión de la comunidad con todos los seres vivos, de un nuevo equilibrio con otros seres vivos del planeta. Necesitamos un parlamento de los cuerpos planetario, un parlamento no definido en términos de políticas de identidad ni de nacionalidades, un parlamento de cuerpos vivos (vulnerables) que viven en el planeta Tierra. El evento Covid-19 y sus consecuencias nos llaman a liberarnos de una vez por todas de la violencia con la que hemos definido nuestra inmunidad social. La curación y la recuperación no pueden ser un simple gesto inmunológico negativo de retirada de lo social, de cierre de la comunidad. La curación y el cuidado sólo pueden surgir de un proceso de transformación política. Sanarnos a nosotros mismos como sociedad

significaría inventar una nueva comunidad más allá de las políticas de identidad y la frontera con las que hasta ahora hemos producido la soberanía, pero también más allá de la reducción de la vida a su biovigilancia cibernética. Seguir con vida, mantenernos vivo como planeta, frente al virus, pero también frente a lo que pueda suceder, significa poner en marcha formas estructurales de cooperación planetaria. Como el virus muta, si queremos resistir a la sumisión, nosotros también debemos mutar.

Es necesario pasar de una mutación forzada a una mutación deliberada. Debemos reapropiarnos críticamente de las técnicas de biopolíticas y de sus dispositivos *farmacopornográficos*. En primer lugar, es imperativo cambiar la relación de nuestros cuerpos con las máquinas de biovigilancia y biocontrol: estos no son simplemente dispositivos de comunicación. Tenemos que aprender colectivamente a alterarlos. Pero también es preciso desalinearnos. Los Gobiernos llaman al encierro y al teletrabajo. Nosotros sabemos que llaman a la descolectivización y al telecontrol. Utilicemos el tiempo y la fuerza del encierro para estudiar las tradiciones de lucha y resistencia minoritarias que nos han ayudado a sobrevivir hasta aquí. Apaguemos los móviles, desconectemos Internet. Hagamos el gran *blackout* frente a los satélites que nos vigilan e imaginemos juntos en la revolución que viene.

Fuente: [https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952\\_026489.html](https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html)

## ENTREVISTA A GÉRALDINE SCHWARZ

“La espiral de pánico es peligrosa”

**La ensayista francoalemana se fija en lo que ocurre en Europa como institución y como territorio, en un momento delicado para la democracia y las libertades**

**JUAN CRUZ**

5 de abril, 2020



La ensayista francoalemana Géraldine Schwarz. © MATHIAS BOTHOR 2017 / EL PAÍS

Géraldine Schwarz (Estrasburgo, 46 años), periodista e historiadora francoalemana, escribió hace tres años un libro en el que tocó una grave herida que implicaba a su abuelo paterno que, como muchos alemanes, miraron a otro lado cuando Hitler llegó y organizó la persecución de los judíos. Ese libro, *Los amnésicos* (Tusquets, 2019), ha tenido un intenso recorrido mundial. Trata de Europa, de lo que pasó entonces y de lo que

nos siguió pasando, como continente y como civilización. El abuelo de Schwarz, un industrial de Mannheim, que se enriqueció con el expolio a los judíos, le dio razón para investigar cómo su antepasado miró para otro lado durante el horror nazi y visitó a descendientes de los que pudieron escapar de Alemania. "Busqué las fuentes e intenté ser con mis abuelos alemanes lo más justa posible". Solo una tía se enfadó. Su padre, su mayor fuente, estuvo orgulloso de contarlo..., pero se preocupó un poco "hasta que el libro tuvo éxito". Su esencia francoalemana la ha llevado a fijarse en lo que ocurre en Europa como institución y como territorio, metido (como reconoció la canciller Angela Merkel) en algo peor que aquella guerra desatada por los nazis. De esta nueva guerra del mundo habla por Skype desde Berlín, donde está confinada.

**Pregunta.** ¿Cómo afronta el continente este desafío?

**Respuesta.** Están la Comisión y las sociedades. La Comisión no reacciona tan mal. Eran un equipo de tecnócratas decidiendo reglas y pidiendo a los países que se adaptaran. Y por primera vez en la historia adaptan sus reglas a los acontecimientos. No lo debemos subestimar porque es muy nuevo. Tienen muchas dificultades para hallar una línea común entre el Nosotros [Merkel] y el Yo [Macron]. Pero hay, aunque tardías, señales positivas: Francia y Alemania juntas entregaron más mascarillas a Italia que China. Muchos enfermos franceses fueron cuidados en Alemania y Suiza. Y pacientes italianos han sido cuidados en Francia. Esto también es nuevo, y pasa en Europa. Pero a la Comisión



no se le da bien promover este tipo de solidaridad. Es verdad que a Italia la dejaron sola demasiado tiempo, y es inaceptable. Ahora están tratando de arreglar los errores, y la Comisión ha pedido perdón a Italia. Pero esta *coronacrisis* no es un examen solo para Europa, sino para sus valores, basados en la democracia y la libertad.

- Nuccio Ordine: “La política neoliberal ha descuidado los pilares de la dignidad humana”
- Irene Vallejo: “Los cuentos son el salvoconducto que te permite traspasar el miedo”

**P.** ¿En qué sentido es un examen?

**R.** Con la pandemia y las medidas excepcionales estos valores están amenazados. ¿Seremos capaces de combinar la emergencia sanitaria con la democracia? Este es el gran examen de Europa: la capacidad para demostrar que los problemas sanitarios se gestionan con más eficacia en una democracia que en una dictadura como China. Hay una guerra de propaganda sobre la gestión de estos temas. China está intentando probar que un modelo autoritario lo hace mejor. Y esto es muy peligroso. Porque la gente está escuchando.

**P.** Por escribir en EL PAÍS eso Mario Vargas Llosa vio sus libros prohibidos en China...

**R.** ¡Hay más muertes en China de las que dicen las autoridades! El gran desafío del siglo XXI será la información. Esta pandemia será el gran desafío, pero después de eso vendrá el cambio climático. Estamos

ensayando para una guerra aún peor. La respuesta tiene que ser colectiva. No solo de las instituciones, sino también de las personas. Aquí es donde mi libro *Los amnésicos* se vincula con lo que sucede. Es una crisis que muestra que la población, en todo el mundo, tiene una responsabilidad, no puede mirar para otro lado. Lo mismo pasa con el calentamiento global: al final los individuos tienen que adquirir responsabilidad. Es el tema de mi libro. La crisis demuestra también que la responsabilidad colectiva no equivale a la igualdad entre los países europeos, porque el norte no se comporta como el sur y es notorio que ambos lados no requieren medidas de confinamiento, por ejemplo, tan estrictas....

**P.** Cuando teníamos las respuestas nos cambiaron las preguntas...

**R.** Pues eso es lo que ocurre. Pero hay respuestas, están en el pasado. La historia no se repite, pero los mecanismos de cómo la sociedad responde a los problemas son siempre los mismos. Por eso tenemos las respuestas en la historia. Porque no hemos cambiado. Las reacciones colectivas son iguales. Somos animales, no debemos olvidarlo. Frente al miedo, la incertidumbre y la falta de orientación reaccionamos siempre igual. Pero si sabemos que reaccionamos así nos controlamos. Por eso tenemos una civilización. La pregunta de hoy es cómo, en una situación así, mantenemos nuestras libertades. Desde que el Muro cayó en Alemania y llegó la libertad a Europa del Este, todo el mundo pensó que con la libertad llegaría la democracia. Y no fue así. Esto es muy importante.

No pensé que la gente renunciaría así a la libertad por la seguridad

**P.** ¿Ahora está a prueba la libertad?

**R.** La libertad hay que aprenderla, no es algo que siempre se sepa. No es un valor absoluto. Esto es lo que nos demuestra la pandemia de una manera brutal: que la gente es muy capaz de decir no a la libertad. Yo no pensé que, en nuestra época, la gente dijera con tanta facilidad no a la libertad en nombre de la seguridad. Eso me asusta mucho. Estas leyes de confinamiento han sido aprobadas por casi el 100% de la población y en los medios apenas oigo críticos del confinamiento. Nadie lo pone en duda. Y, como en España, las reglas son muy estrictas, a veces del todo ridículas. No puedes nadar en el mar, aunque la playa esté desierta, no puedes ir sola al monte... Es ridículo. Pero la gente obedece de un día para otro. ¿Son reglas proporcionales a la amenaza? Por eso, volviendo a mi libro, observé con mucho interés: Angela Merkel no dio ese paso; puede que lo dé, pero hasta ahora no lo ha dado. Primero, porque en la historia de Alemania se han cometido muchos abusos en nombre de la seguridad. Es algo que no se puede hacer alegremente. Merkel, además, siempre habla de los valores de la democracia, y esta es una diferencia importante con Francia. Ella piensa que sus ciudadanos tienen un sentido democrático, conscientes por tanto de que la situación no es normal y puede ser peligrosa. Aquí políticos, intelectuales, periodistas discuten sobre los riesgos democráticos del confinamiento. Y por qué debe hacerse corto, porque la gente podría acostumbrarse.

Debemos demostrar que este problema se gestiona mejor en democracia

**P.** ¿Eso le da miedo?

**R.** Lo que más miedo me da de los efectos democráticos de la pandemia es lo fácil que la gente renuncia a la libertad. El juego de la democracia es algo que la gente aún no comprende del todo, de forma que no es capaz de juzgar cuando se cometen abusos. Puede pasar cuando venga la crisis del cambio climático, que en nombre de la salud se imponga, por ejemplo, una especie de ***dictadura verde...***

**P.** Y, con respecto a los efectos sanitarios, ¿le da miedo lo que sucede?

**R.** Tengo padres; mi padre está enfermo de cáncer, mi madre tiene 77 años. No me junto con ellos, para no contaminarlos, claro. Siento todo esto muy de cerca, nos asusta. Pero no me gustó el confinamiento total que vi en Francia, de donde vine hace poco. Aquí hay reglas, pero puedes circular por la ciudad sin que te arreste la policía, si vas de uno en uno de dos en dos... Aquí escucho a Bach en la televisión, mientras que en Francia lo único que hay es coronavirus... Hay una espiral de información que crea un ***pánico existencial***. Es innecesario y en realidad es muy peligroso. Puedes sentirlo, puedes estar muy preocupado, por ti mismo o por tus padres, pero no hace falta este pánico existencial alimentado por los medios constantemente, o por leyes demasiado estrictas. La gente se está volviendo loca. No acabará bien. No es una forma apropiada de lidiar con esta situación la de

meterle miedo a la gente. Uno de los desencadenantes para que Alemania se volviera bárbara y criminal en el Tercer Reich fue el miedo. El miedo desata lo peor de los seres humanos. Leo que hay vecinos que denuncian a sus vecinos porque puede que tengan el virus... No sé si pasa en España. El miedo saca lo peor de nosotros. Y por eso se puede repetir la historia.

Fuente: [https://elpais.com/cultura/2020-04-05/geraldine-schwarz-la-espiral-de-panico-es-peligrosa.html?fbclid=IwAR0UUzpJisFEf0vOx1yBa9KwJkvqT9gtVdrjqStHS\\_OnlAB1CZ31bPpXtDU](https://elpais.com/cultura/2020-04-05/geraldine-schwarz-la-espiral-de-panico-es-peligrosa.html?fbclid=IwAR0UUzpJisFEf0vOx1yBa9KwJkvqT9gtVdrjqStHS_OnlAB1CZ31bPpXtDU)

## **ADIÓS GLOBALIZACIÓN, EMPIEZA UN MUNDO NUEVO. O POR QUÉ ESTA CRISIS ES UN PUNTO DE INFLEXIÓN EN LA HISTORIA**

**JOHN GRAY\***

11 de abril, 2020

La hiperglobalización de las últimas décadas se acaba. El capitalismo liberal está en quiebra, asegura el prestigioso filósofo político británico John Gray. Asistimos a un punto de inflexión histórico.



Ilustración de portada del suplemento Ideas del 12 de abril de 2020.SR. GARCÍA

Las calles desiertas se volverán a llenar y saldremos de nuestras madrigueras iluminados por la luz de las pantallas parpadeando con alivio. Pero el mundo será diferente de cómo lo imaginábamos en lo que

---

\* John Gray (South Shields, Reino Unido, 1948), filósofo político, es catedrático emérito de Pensamiento Europeo en la London School of Economics. Su último ensayo publicado es 'Siete tipos de ateísmo' (2019, editorial Sexto Piso).

pensábamos que eran tiempos normales. Esto no es una ruptura temporal de un equilibrio que, de lo contrario, sería estable. La crisis por la que estamos pasando es un punto de inflexión en la historia.

La era del apogeo de la globalización ha llegado a su fin. Un sistema económico basado en la producción a escala mundial y en largas cadenas de abastecimiento se está transformando en otro menos interconectado, y un modo de vida impulsado por la movilidad incesante tiembla y se detiene. Nuestra vida va a estar más limitada físicamente y a ser más virtual que antes. Está naciendo un mundo más fragmentado, que, en cierto modo, puede ser más resiliente.

El otrora formidable Estado británico se está reinventando rápidamente y a una escala nunca vista. El Gobierno, actuando con poderes de emergencia autorizados por el Parlamento, ha tirado por la borda la ortodoxia económica. El Servicio Nacional de Salud, maltratado por años de estúpida austeridad —al igual que las Fuerzas Armadas, la policía, las prisiones, los bomberos, los cuidadores y los limpiadores—, está contra las cuerdas, pero, gracias a la noble dedicación de sus trabajadores, se mantendrá a raya el virus. Nuestro sistema político sobrevivirá intacto. No habrá muchos países tan afortunados. Los Gobiernos de todo el mundo se debaten en el estrecho callejón entre suprimir el virus y aplastar la economía. Muchos tropezarán y caerán.

**Que un país elimine la agricultura y dependa de otros se  
desechará como el disparate que siempre fue**

En la visión a la que se aferran los intelectuales progresistas, el futuro es una versión más bonita del pasado reciente. Sin duda, eso les ayuda a preservar cierta apariencia de cordura. Su visión también socava el que en estos momentos es nuestro atributo más vital: la capacidad de adaptarnos y crear modos de vida diferentes. La tarea que nos espera consiste en construir economías y sociedades más duraderas y humanamente habitables que las expuestas a la anarquía del mercado global.

Esto no significa pasar a un localismo a pequeña escala. La población humana es demasiado numerosa para que la autosuficiencia local sea viable, y la mayor parte de la humanidad no está dispuesta a regresar a las comunidades pequeñas y cerradas de un pasado más distante. Pero la hiperglobalización de las últimas décadas tampoco va a volver. El virus ha dejado al descubierto puntos débiles fatales del sistema económico parcheado tras la crisis financiera de 2008. El capitalismo liberal está en quiebra.

A pesar de toda su palabrería sobre la libertad y la elección, en la práctica el liberalismo era un experimento de disolución de todas las fuentes tradicionales de cohesión social y legitimidad política y su sustitución por la promesa de un aumento del nivel material de vida. Ahora este experimento ha llegado a su fin. Para acabar con el virus es imprescindible un cierre económico que solo puede ser temporal, pero cuando la economía vuelva a arrancar, será en un mundo en el que los Gobiernos actuarán para poner freno al mercado mundial.



## **Crear que la crisis se puede resolver con un estallido de cooperación internacional es pensamiento mágico**

No se tolerará una situación en la que una parte tan importante de los suministros médicos mundiales más necesarios se produzca en China o en cualquier otro país exclusivamente. La producción en este y otros sectores delicados se devolverá a los territorios de los Estados por motivos de seguridad nacional. La idea de que un país como el Reino Unido pudiese eliminar poco a poco la agricultura y depender de las importaciones de alimentos se desechará como el disparate que siempre ha sido. El sector aéreo se contraerá porque la gente viajará menos y las fronteras duras se convertirán en un rasgo duradero del paisaje mundial. El mezquino objetivo de la eficacia económica ya no será viable para los Gobiernos.

La pregunta es qué va a sustituir al aumento del nivel material de vida como fundamento de la sociedad. Una respuesta ofrecida por los pensadores ecologistas es lo que John Stuart Mill, en sus *Principios de economía política* (1848), llamó "economía del Estado estacionario". La producción y el consumo dejarían de ser un objetivo prioritario y el número de seres humanos descendería. A diferencia de la mayoría de los liberales actuales, Mill reconocía el peligro de la superpoblación. Un mundo lleno de seres humanos, decía, carecería de "parajes floridos" y de vida salvaje. El pensador también advirtió de los peligros de la planificación centralizada. El Estado estacionario sería una economía de

mercado en la que se incentivaría la competencia. La innovación tecnológica continuaría y junto a ella se mejoraría el arte de vivir.

En muchos sentidos, la idea es atractiva, pero también irreal. No existe una autoridad mundial que imponga el final del crecimiento, de la misma manera que no la hay para combatir el virus. Al contrario de lo que dice el mantra progresista que últimamente repite Gordon Brown, los problemas mundiales no siempre tienen soluciones mundiales. Las divisiones geopolíticas excluyen cualquier cosa que pueda guardar algún parecido con un Gobierno mundial y, si existiese, los Estados actuales competirían por controlarlo. La creencia de que la crisis se puede resolver con un estallido sin precedentes de cooperación internacional es pensamiento mágico en su forma más pura.

Por supuesto, la expansión económica no es sostenible indefinidamente. Para empezar, solo puede agravar el cambio climático y convertir el planeta en un vertedero. Ahora bien, dada la marcada desigualdad entre niveles de vida, el crecimiento demográfico y la intensificación de las rivalidades geopolíticas, el crecimiento cero también es insostenible. Si acabamos aceptando los límites del crecimiento, será porque los Gobiernos hagan de la protección de sus ciudadanos su objetivo más importante. Sean democráticos o autoritarios, los Estados que no pasen esta prueba hobbesiana fracasarán.



VENICE, ITALY - MARCH 11: The ecological operator disinfects a column in Piazza San Marco against the coronavirus on March 11, 2020 in Venice, Italy. The Italian Government has taken the unprecedented measure of a nationwide lock-down, in an effort to fight the world's second-most deadly coronavirus outbreak outside of China. The movements in and out are allowed only for work reasons, health reasons proven by a medical certificate. The justifications for the movements needs to be certified with a self-declaration by filling in forms provided by the police forces in charge of the checks. (Photo by Stefano Mazzola/Awakening/Getty Images) STEFANO MAZZOLA/GETTY IMAGES

## **Cambios geopolíticos**

La pandemia ha acelerado de golpe el cambio geopolítico. La propagación descontrolada del virus en Irán, sumada al desplome de los precios del petróleo, podría desestabilizar su régimen teocrático. Con la caída de sus ingresos, Arabia Saudí también está en peligro. Sin duda, no faltará quien se alegre de despedirse de ambos. Sin embargo, no hay garantías de que un colapso en el Golfo vaya a traer consigo algo que no sea un largo periodo de caos. A pesar de los años que llevan hablando de diversificación, los regímenes de la zona siguen siendo rehenes del

petróleo, e incluso si los precios se recuperan algo, el impacto económico del cierre mundial será devastador.

En cambio, el este de Asia seguramente continuará avanzando. Hasta ahora, los países que han dado una respuesta más eficaz a la epidemia han sido Taiwán, Corea del Sur y Singapur. Cuesta pensar que sus tradiciones culturales, que otorgan más importancia al bienestar colectivo que a la autonomía personal, no hayan desempeñado un papel en sus buenos resultados. También han resistido el culto al Estado mínimo. No será de extrañar que se adapten a la desglobalización mejor que muchos países occidentales.

### **Si la Unión Europea sobrevive, puede que se parezca al Sacro Imperio Romano en sus años finales**

La posición de China es más compleja. Dado su historial de encubrimientos y estadísticas opacas, es difícil evaluar su actuación durante la pandemia. Desde luego, el país no es un modelo que cualquier democracia pueda o deba emular. Como demuestra el nuevo hospital Nightingale del Servicio Nacional de Salud, los regímenes autoritarios no son los únicos capaces de construir hospitales en dos semanas. Nadie sabe cuál ha sido el coste humano total del cierre chino. Aun así, parece que el régimen de Xi Jinping se ha beneficiado de la pandemia; el virus ha proporcionado una serie de argumentos para ampliar la vigilancia estatal e implantar un control político todavía más estricto. En vez de desaprovechar la crisis, el presidente se está sirviendo de ella para incrementar la influencia de su país. China se está

introduciendo en el lugar que corresponde a la Unión Europea con su ayuda a los Gobiernos nacionales en apuros, como el de Italia. Muchas de las mascarillas y los equipos de pruebas que ha suministrado han resultado defectuosos, pero no parece que esto haya hecho mella en la campaña de propaganda de Pekín.

La respuesta de la Unión Europea a la crisis ha revelado sus debilidades esenciales. Pocas ideas son tan menospreciadas por las mentes superiores como la soberanía. En la práctica, esta significa la capacidad de ejecutar un plan de emergencia completo, coordinado y flexible como los que han aplicado Reino Unido y otros países. Las medidas que ya se han adoptado superan cualquiera de las tomadas durante la II Guerra Mundial, y en sus aspectos más importantes también son lo opuesto de lo que se hizo entonces, cuando la población británica fue objeto de una movilización sin precedentes y el paro descendió de manera espectacular. Actualmente, aparte de quienes prestan servicios esenciales, los trabajadores británicos han sido desmovilizados. Si la situación se prolonga muchos meses, el cierre exigirá una socialización de la economía aún mayor.

Es dudoso que las agostadas estructuras neoliberales de la Unión Europea sean capaces de llevar a cabo algo similar. Las reglas hasta ahora sacrosantas han sido contravenidas por el programa de compra de bonos por parte del Banco Central Europeo y la relajación de los límites de las ayudas estatales a la industria. Pero la resistencia de los países del norte de Europa, como Alemania y Holanda, a compartir la

carga fiscal puede impedir el rescate de Italia, un país demasiado grande para ser aplastado como Grecia, pero posiblemente también demasiado caro para ser salvado. Como el primer ministro italiano, Giuseppe Conte, dijo en marzo, "si Europa no está a la altura de este desafío sin precedentes, toda la estructura europea pierde su razón de ser para la ciudadanía". El presidente serbio, Aleksandar Vucic, ha sido más directo y realista: "La solidaridad europea no existe... Eso era un cuento de hadas. El único país que puede ayudarnos en esta difícil situación es la República Popular de China. A los demás, gracias por nada".

El principal defecto de la Unión Europea es que es incapaz de cumplir las funciones protectoras de un Estado. La descomposición de la zona euro se ha predicho tantas veces que puede parecer impensable. Sin embargo, con las tensiones a las que se enfrenta en la actualidad, la desintegración de las instituciones europeas no es algo exagerado. La libre circulación ya se ha suspendido. El reciente chantaje del presidente turco, Erdogan, amenazando a la UE con permitir que los emigrantes crucen las fronteras de su país y el desenlace en la provincia siria de Idlib podrían desembocar en la huida hacia Europa de centenares de miles, incluso millones, de refugiados. (Es difícil imaginar qué puede significar el "distanciamiento social" en los enormes campamentos de refugiados, abarrotados e insalubres). Otra crisis de emigración sumada a la presión sobre un euro disfuncional podría tener resultados nefastos.



Bangladesíes amontonados sobre trenes antes del festival musulmán de Eid al-Fitr, que marca el fin del Ramadán, en junio de 2018. K M ASAD/GETTY IMAGES / LIGHTROCKET VIA GETTY IMAGES

Si la Unión Europea sobrevive, puede que se parezca al Sacro Imperio Romano en sus años finales, un fantasma que subsiste durante generaciones mientras el poder se ejerce en otro lugar. Las decisiones perentorias ya las están tomando los Estados nacionales. Dado que el centro político ha dejado de ser una fuerza de liderazgo, y con gran parte de la izquierda aferrada al fallido proyecto europeo, muchos Gobiernos estarán dominados por la extrema derecha.

Rusia ejercerá una influencia creciente sobre la Unión Europea. En la batalla con los saudíes que actuó como detonante del hundimiento del precio del petróleo en marzo de 2020, Putin llevaba la mejor baza. Mientras que para los saudíes el umbral de rentabilidad fiscal —el precio necesario para pagar los servicios públicos y mantener la solvencia del Estado— es de unos 80 dólares por barril, para Rusia puede ser menos de la mitad. Al mismo tiempo, Putin está consolidando la posición de su

país como potencia energética. Los gasoductos submarinos Nord Stream que atraviesan el Báltico aseguran el abastecimiento fiable de gas natural a Europa, al mismo tiempo que la hacen dependiente de Rusia y permiten a esta utilizar la energía como arma política. Al igual que China, Rusia ha entrado en escena para sustituir a la vacilante Unión Europea enviando médicos y equipo a Italia.

En Estados Unidos, Donald Trump claramente considera que reflotar la economía es más importante que contener el virus. Una caída de la Bolsa similar a la de 1929 y unos niveles de paro peores que los de la década de 1930 supondrían una amenaza existencial a su presidencia. James Bullard, consejero delegado del Banco de la Reserva Federal de San Luis, ha insinuado que en Estados Unidos la tasa de desempleo podría alcanzar el 30%, superando a la de la Gran Depresión. Por otra parte, teniendo en cuenta el sistema de gobierno descentralizado del país, su sistema de salud desastrosamente caro, las decenas de millones de personas sin seguro médico, una población penitenciaria descomunal con gran número de ancianos y enfermos, y unas ciudades en las que vive una cantidad considerable de personas sin hogar y que ya sufren una extendida epidemia de opioides, restringir el cierre podría suponer que el virus se propagase sin control con efectos devastadores. (Trump no es el único que asume este riesgo. Hasta ahora, Suecia no ha impuesto nada similar al confinamiento obligatorio de otros países).



A diferencia del programa británico, los dos billones de dólares del plan de estímulo de Trump son en su mayor parte otro rescate a las empresas. Sin embargo, si damos credibilidad a los sondeos, cada vez más estadounidenses aprueban su gestión de la epidemia. ¿Qué pasará si el presidente sale de esta catástrofe con el apoyo de una mayoría de estadounidenses?

Tanto si Trump conserva su poder como si no, la posición de Estados Unidos en el mundo ha cambiado de manera irreversible. Lo que se está desmoronando a toda velocidad no es solo la hiperglobalización de las últimas décadas, sino el orden mundial implantado tras el final de la II Guerra Mundial. El virus ha roto un equilibrio imaginario y ha acelerado un proceso de desintegración en marcha desde hace años.

En su trascendental obra *Plagas y pueblos* (Siglo XXI, 2016), el historiador de Chicago William H. McNeill afirmaba:

“Siempre es posible que algún organismo parásito hasta entonces desconocido escape de su habitual nicho ecológico y exponga a las densas poblaciones humanas que han llegado a ser una característica tan llamativa de la Tierra a alguna nueva y tal vez devastadora mortalidad”.

Todavía no sabemos cómo escapó el coronavirus de su nicho, aunque existe la sospecha de que los mercados de Wuhan en los que se venden animales salvajes, hayan tenido algo que ver. En 1976, año original de

publicación del libro de McNeill, la destrucción de los hábitats de las especies exóticas no había alcanzado ni mucho menos las dimensiones de hoy en día. A medida que la globalización ha ido avanzando, también ha crecido el riesgo de propagación de enfermedades infecciosas. La [denominada] gripe española de 1918-1920 se convirtió en una pandemia global en un mundo sin transporte aéreo de masas. En un comentario sobre la visión que los historiadores tienen de las plagas, McNeill señala: "Desde su punto de vista, al igual que desde el de otros, los ocasionales brotes catastróficos de enfermedades infecciosas seguían siendo interrupciones repentinas e impredecibles de la norma que, en esencia, escapaban a cualquier explicación histórica". Muchos estudios posteriores han llegado a conclusiones similares.

Sin embargo, persiste la idea de que las pandemias son incidentes pasajeros más que una parte integral de la historia. Detrás de ella está la creencia de que los seres humanos ya no formamos parte del mundo natural y podemos crear un ecosistema autónomo, separado del resto de la biosfera. La Covid-19 nos dice que no es así. Solo podremos defendernos de esta peste sirviéndonos de la ciencia; los análisis masivos de anticuerpos y la vacuna serán decisivos, pero, si en el futuro queremos ser menos vulnerables, tendremos que hacer cambios permanentes en nuestro modo de vida.

**La textura de la vida cotidiana ya ha cambiado. En todas partes existe un sentimiento de fragilidad**

La textura de la vida cotidiana ya ha cambiado. En todas partes existe un sentimiento de fragilidad. Además, la sensación de inestabilidad no afecta solo a la sociedad; lo mismo sucede con la posición de los seres humanos en el mundo. Imágenes virales muestran la ausencia humana de distintas maneras. Los jabalíes se pasean por las ciudades del norte de Italia, mientras que en la ciudad tailandesa de Lopburi manadas de monos a los que los turistas ya no dan de comer se pelean en las calles. La belleza no humana y una feroz lucha por la vida han brotado rápidamente en las urbes vaciadas por el virus.

Como han señalado diversos expertos, un futuro posapocalíptico como el proyectado en las obras de ficción de J. G. Ballard se ha convertido en nuestra realidad presente. Pero es importante entender lo que este "apocalipsis" revela. Ballard veía a las sociedades humanas como decorados de un escenario que se pueden derribar en cualquier momento. Las normas que se creían parte de la naturaleza del ser humano desaparecían al abandonar el teatro. Las experiencias más terribles del autor durante su infancia en el Shanghái de la década de 1940 no fueron las que vivió en el campamento de prisioneros de guerra, donde muchos de los reclusos conservaban la entereza y trataban a los demás amablemente. Ballard era un chico ingenioso y audaz y disfrutó gran parte del tiempo que pasó allí. Él mismo me contó que fue cuando la guerra se acercaba a su fin y el campamento se dismanteló cuando fue testigo de los peores ejemplos de egoísmo despiadado y crueldad gratuita.

La lección que aprendió fue que todo aquello no era el fin del mundo. Lo que se suele calificar de apocalipsis es el curso normal de la historia. Muchos salen de él con traumas duraderos, pero el animal humano es demasiado fuerte y versátil para que esos trastornos lo quiebren. La vida sigue, aunque diferente de como era antes. Quienes describen el momento actual como ballardiano no se han fijado en cómo se adaptan los seres humanos a las situaciones extremas que él narra, e incluso se realizan como personas en ellas.

La tecnología nos ayudará a adaptarnos en nuestras presentes condiciones extremas. La movilidad física se puede reducir trasladando muchas de nuestras actividades al ciberespacio. Es posible que las oficinas, los colegios, las universidades, las consultas médicas y otros centros de trabajo cambien para siempre. Las comunidades virtuales organizadas durante la epidemia han hecho posible que la gente llegue a conocerse mejor que nunca.

Cuando la pandemia remita habrá celebraciones, pero puede que no se distinga con claridad en qué momento ha desaparecido el riesgo de contagio. Es posible que mucha gente migre a entornos en la Red, como en *Second Life*, un mundo virtual en el que las personas se conocen, comercian e interactúan en el cuerpo y el mundo que ellas eligen. Puede que haya otras adaptaciones incómodas para los moralistas: es probable que la pornografía vía Internet experimente un auge, y muchas de las citas en la Red consistirán en relaciones eróticas en las que los cuerpos nunca lleguen a entrar en contacto. La tecnología

de la realidad aumentada tal vez se utilice para simular encuentros físicos y el sexo virtual podría normalizarse pronto. Preguntarse si todo esto será un paso hacia una buena vida tal vez no sea lo más útil. El ciberespacio depende de unas infraestructuras que pueden resultar dañadas o destruidas por una guerra o una catástrofe natural. Internet nos sirve para evitar el aislamiento que acompañó a las epidemias en el pasado, pero no permite que los seres humanos escapemos de nuestra carne mortal ni que esquivemos las ironías del progreso.

### **El progreso es reversible**

El virus nos enseña no solo que el progreso es reversible —un hecho que parece que hasta los progresistas han entendido—, sino que puede socavar sus propias bases. Por citar el ejemplo más obvio, la globalización ha traído consigo grandes avances; gracias a ella, millones de personas han salido de la pobreza. Ahora este logro está en peligro. La desglobalización en marcha es hija de la globalización.

Al mismo tiempo que se desvanece la perspectiva de un nivel de vida que aumente sin cesar, vuelven a emerger otras fuentes de autoridad y legitimidad. Ya sea liberal o socialista, el pensamiento progresista detesta la identidad nacional con apasionada intensidad. La historia está llena de episodios que muestran cómo se puede hacer mal uso de ella. No obstante, el Estado nacional se está reafirmando como la fuerza más poderosa para conducir la acción a gran escala. Enfrentarse al virus exige un esfuerzo colectivo que no se movilizará por el bien de la humanidad.

## **¿Qué parte de su libertad querrá la gente que se le devuelva pasado el pico de la pandemia?**

Al igual que el crecimiento, el altruismo también tiene límites. Veremos muestras de extraordinaria abnegación antes de que pase lo peor de la crisis. En el Reino Unido, un ejército de ANI. Con todo, sería una imprudencia depender exclusivamente de la compasión humana para superar la situación. La bondad con extraños es tan valiosa que hay que racionalarla.

Aquí es donde entra en juego el Estado protector. En esencia, el Estado británico siempre ha sido hobbesiano. La paz y un Gobierno fuerte han sido sus prioridades fundamentales. Al mismo tiempo, este Estado hobbesiano ha descansado sobre el consentimiento, sobre todo en épocas de emergencia nacional. La protección contra el peligro se ha impuesto a la libertad frente a las injerencias del Gobierno.

Qué parte de su libertad querrá la gente que se le devuelva pasado el pico de la pandemia es un interrogante aún sin respuesta. No parece que la solidaridad obligatoria del socialismo sea muy de su gusto, pero tal vez acepte de buen grado un régimen de biovigilancia en aras de una mejor protección de su salud. Para salir del agujero vamos a necesitar más intervención estatal, no menos, y además muy creativa. Los Gobiernos tendrán que incrementar considerablemente su respaldo a la investigación científica y a la innovación tecnológica. Aunque es posible que el tamaño del Estado no aumente en todos los casos, su influencia

será omnipresente y, de acuerdo con los criterios del viejo mundo, más intrusiva. El gobierno posliberal será la norma en el futuro próximo.

Solo si reconocemos las debilidades de las sociedades liberales podremos preservar sus valores más esenciales. Entre ellos figura, junto con la legitimidad, la libertad individual, que, además de ser valiosa en sí misma, constituye un control necesario al Gobierno. Sin embargo, quienes creen que la autonomía personal es la necesidad humana más profunda revelan su ignorancia en psicología, empezando por la suya propia. Prácticamente para cualquiera, la seguridad y la pertenencia son igual de importantes, y a veces más. El liberalismo, en efecto, ha sido una negación sistemática de este hecho.

Una ventaja de la cuarentena es que se puede utilizar para renovar las ideas. Hacer limpieza mental y pensar cómo vivir en un mundo alterado es la tarea que nos corresponde ahora. Para quienes no estamos sirviendo en primera línea, esto debería bastarnos mientras dure el confinamiento.

*Traducción de News Clips.*

*Este artículo apareció en la edición especial de primavera de 'New Statesman'.*

Fuente: <https://elpais.com/ideas/2020-04-11/adios-globalizacion-empieza-un-mundo-nuevo.html>



## MI CASA

### PRIMO LEVI\*

Vivo desde siempre (con involuntarias interrupciones) en la casa donde nací: mi manera de vivir no ha sido, pues, fruto de una decisión. Creo que el mío es un caso extremo de sedentarismo, comparable al de ciertos moluscos, como por ejemplo las lapas, que después de un breve estadio larvario, durante el cual nadan libremente, se fijan a un escollo, segregan un caparazón y no vuelven a moverse en toda la vida. Esto es más habitual entre quienes han nacido en el campo; para los ciudadanos como yo, es, sin duda, un destino raro, que conlleva peculiares ventajas y desventajas.

Tal vez deba a este destino estático el amor mal satisfecho que nutro por los viajes, y la frecuencia con que el viaje aparece como tema recurrente en muchos de mis libros. Aunque, tras sesenta y seis años en el Corso Re Umberto, me resulta difícil imaginar lo que conlleva vivir, no

---

\* Primo Levi, *El Oficio Ajeno*, El Aleph Editores, Barcelona, 2011.

Primo Levi (Turín, 1919-1987) fue un escritor italiano de origen judío sefardí, autor de memorias, relatos, poemas y novelas. Fue un resistente antifascista, superviviente del Holocausto. Es conocido sobre todo por las obras que dedicó a dar testimonio sobre dicho Holocausto, particularmente el relato de los diez meses que estuvo prisionero en el campo de concentración de Monowice (Monowitz), subalterno del de Auschwitz. Su obra *Si esto es un hombre* es considerada como una de las más importantes del siglo XX.



digo ya en otro país o en otra ciudad, sino tan siquiera en otro barrio de Turín.

Mi casa se caracteriza por la ausencia de caracterización. Se asemeja a muchas otras casas casi señoriales de principios de siglo, construidas en ladrillo antes de la irresistible irrupción del hormigón armado; carece casi por completo de ornamentos, si exceptuamos algunas tímidas reminiscencias Liberty en las chambranas que coronan las ventanas, y en las puertas de madera que se asoman a la escalera. Es austera y funcional, inexpresiva y sólida: lo demostró durante el último conflicto, cuando soportó todos los bombardeos, superándolos únicamente con algunos daños en los cerramientos y alguna que otra grieta, que luce todavía con el orgullo con que un veterano lleva sus cicatrices. No tiene ambiciones, es una máquina para habitar, posee casi todo lo esencial para vivir y casi nada de lo superfluo.

A este edificio, y a la vivienda que ocupó, me une una relación inadvertida pero profunda, como la que nos une a las personas con quienes hemos convivido por mucho tiempo: si me arrancasen de ella, incluso para trasladarme a una vivienda más bonita, más moderna y más cómoda, sufriría como un desterrado, o como una planta trasplantada en un terreno al que no está acostumbrada. He leído en algún sitio la descripción de uno de los artificios de mnemotecnia, eso es, del arte (antaoño cultivado por doctos y estudiosos, hoy estúpidamente abandonado) de ejercitar y mejorar la memoria: quien quisiera recordar una lista de treinta, cuarenta o más nombres, e incluso sorprender al público recitándola eventualmente en sentido contrario, lo puede lograr

conectando mentalmente (es decir, creando un nexo cualquiera) entre cada uno de los nombres y, de forma ordenada, un ángulo de la propia vivienda: eso es, procediendo desde la puerta de entrada, por ejemplo, hacia la derecha y explorando sucesivamente todos los rincones.

Recorriendo imaginariamente el mismo itinerario, podrá reconstruir la lista inicial; si recorre la vivienda en dirección contraria, se invertirá también el orden de la lista.

Nunca he sentido la necesidad de realizar esta actuación, pero no dudo que, por lo general, funcione. En mi caso, sin embargo, no funcionaría porque, en mi memoria, todos los ángulos de la casa están ya ocupados, y los recuerdos auténticos interferirían con aquellos ocasionales y ficticios que esta técnica requiere. En el rincón de la derecha de la puerta de entrada es donde había, hace cincuenta años, un paraguero, y donde mi padre, cuando regresaba a pie de la oficina los días de lluvia, depositaba el paraguas chorreante y, en los días secos, el bastón de paseo; donde durante veinte años estuvo colgada una herradura que mi tío Corrado había recogido (por aquel entonces, todavía era posible encontrar herraduras en la avenida Rey Umberto), amuleto del que sería difícil establecer si ejerció o no su acción protectora; y donde por otros veinte años colgó de un clavo una gran llave cuya finalidad todos habíamos olvidado, pero que nadie se atrevía a tirar. El rincón sucesivo, entre la pared y el armario de nogal, era un escondrijo muy codiciado al jugar al escondite; una tarde indefinida del oligoceno me escondí ahí, me arrodillé sobre una esquirla de cristal, me lastimé y todavía llevo conmigo esa cicatriz en la rodilla izquierda. Treinta años después, ahí se

escondió mi hija, pero se reía y se dejaba encontrar enseguida; y ocho años más tarde, mi hijo, con una panda de coetáneos, uno de los cuales perdió ahí un diente de leche y, por misteriosas razones mágicas, lo metió en un agujero de la pared, donde probablemente sigue.

Prosiguiendo hacia la derecha, se encuentra la puerta de una habitación que ha tenido, a lo largo de las décadas, diferentes usos.

En mis recuerdos más lejanos hacía las veces de salón elegante, donde mi madre, dos o tres veces al año, recibía a las personas de consideración. Después durmió ahí una fabulosa criada; más tarde fue la oficina comercial de mi padre, hasta que, con la guerra, se convirtió en campamento y dormitorio para parientes y amigos a quienes las bombas habían destruido la casa. Después de la guerra (y del embargo a causa de las leyes raciales) en ella durmieron y jugaron sucesivamente mis dos hijos, y en ella pasó mi mujer muchas noches, velándoles cuando estaban enfermos: yo no, gracias a la sólida coartada del trabajo en la fábrica y al egoísmo olímpico de los maridos. Actualmente es un laboratorio múltiple en el que se revelan fotografías, se cose a máquina y se fabrican juguetes divertidos.

Se podrían narrar transfiguraciones similares para todas las demás habitaciones. Recientemente, y con cierta desazón, me he dado cuenta de que mi poltrona preferida ocupa el lugar exacto en que, según la tradición familiar, yo vine al mundo.

Mi casa está situada en un lugar afortunado, no demasiado lejos del centro urbano pero relativamente tranquilo; la proliferación de los

automóviles, que rellena cualquier espacio como un gas comprimido, ha llegado ya hasta aquí, pero hace sólo algunos meses que resulta difícil encontrar aparcamiento. Los muros son gruesos y los ruidos de la calle llegan amortiguados. Antes todo era diferente: la ciudad terminaba unos pocos cientos de metros más al sur, se iba campo a través «a ver los trenes», que entonces, antes de que excavaran el sistema de trincheras del cuadrivio Zappata, corrían a nivel del suelo. Los laterales se asfaltaron hacia 1935; antes estaban empedrados y por la mañana uno se despertaba con el ruido de los carros que venían del campo: el ruido de las llantas de hierro sobre los adoquines, el chasquido de los látigos, las voces de los carreteros. Otras voces familiares subían desde la calle en otras horas del día: los gritos del vidriero, del trapero, del chamarilero que compraba «cabellos del peine» —a quien la susodicha criada vendía periódicamente los suyos, largos y canos—; y, ocasionalmente, de mendicantes que tocaban el organillo o cantaban en la calle, a quienes la gente tiraba monedas envueltas en papel.

A pesar de todas sus transformaciones, mi casa ha conservado su aspecto anónimo e impersonal: o al menos, así nos parece a nosotros, que vivimos en ella, pero ya se sabe que todos somos malos jueces de aquello que nos concierne, del propio carácter, de los propios vicios y virtudes, incluso de la propia voz o del propio rostro. A otros, tal vez, les podrá parecer muy sintomático del carácter apartado de mi familia.

Cierto es que, a nivel consciente, nunca le he pedido a mí casa mucho más que la satisfacción de las necesidades primarias: espacio, calor, comodidad, silencio, privacidad.

Ni he intentado nunca conscientemente hacerla mía, asimilarla a mí, embellecerla, enriquecerla, sofisticarla. No me resulta fácil hablar de la relación que me une a ella, quizá sea de naturaleza gatuna: como los gatos, amo las comodidades pero puedo prescindir de ellas, y me habría adaptado bastante bien a un alojamiento sin comodidad alguna, como varias veces me ha ocurrido y como me ocurre cuando voy a un hotel. No creo que mi modo de escribir esté influenciado por el ambiente en el que vivo y escribo, ni creo que este ambiente se refleje en las cosas que he escrito.

Debo de ser, pues, menos sensible que la media a las sugerencias e influencias del ambiente, y no soy en absoluto sensible al prestigio que el ambiente confiere, conserva o deteriora. Vivo en mi casa como lo hago dentro de mi piel: sé de pieles más hermosas, más amplias, más resistentes, más pintorescas, pero no me parecería natural cambiarlas por la mía.

## **ENTREVISTA A EDGAR MORIN\*: "VIVIMOS EN UN MERCADO PLANETARIO QUE NO HA SABIDO SUSCITAR FRATERNIDAD ENTRE LOS PUEBLOS"**

**NUCCIO ORDINE**

11 de abril, 2020

**El filósofo francés reflexiona a sus 98 años sobre los efectos de la epidemia de coronavirus y alerta contra los peligros del darwinismo social y la destrucción del tejido público en sanidad y educación.**



Edgar Morin, en París en 2013. CORBIS VIA GETTY IMAGES

ERIC FOUGERE / CORBIS VIA GETTY IMAGES

"La unificación técnico-económica del mundo que trajo el capitalismo agresivo en los años noventa ha generado una enorme paradoja que la emergencia del coronavirus ha hecho ahora visible para todos: esta interdependencia entre los países, en lugar de favorecer un real

---

\* Edgar Morin (París, 1921), es un filósofo y sociólogo francés. Morin habla de las Ciencias de la Complejidad para referirse a todas las disciplinas que hacen uso del enfoque de sistemas.

progreso en la conciencia y en la comprensión de los pueblos, ha desatado formas de egoísmo y de ultranacionalismo. El virus ha desenmascarado esta ausencia de una auténtica conciencia planetaria de la humanidad”. Edgar Morin habla con su habitual pasión por Skype. Él, como millones de europeos, se encuentra confinado en su casa, en Montpellier, con su mujer.

Está considerado como uno de los filósofos contemporáneos más brillantes; a los 98 años (el 8 de julio cumplirá 99) Morin lee, escribe, escucha música y mantiene contacto con amigos y parientes. Sus ganas de vivir demuestran con fuerza el drama de un azote que está aniquilando miles de ancianos y de enfermos con patologías previas. “Sé bien –dice con tono irónico– que podría ser la víctima por excelencia del coronavirus. A mi edad, sin embargo, la muerte está siempre al acecho. Por lo tanto es mejor pensar en la vida y reflexionar sobre lo que pasa”.

**Pregunta.** La mundialización de la que habla ha creado un gran mercado global que, a través de la tecnología más avanzada, ha reducido considerablemente las distancias entre continentes. Pero esta reducción de las distancias no ha favorecido un diálogo entre los pueblos. Al contrario, ha fomentado el relanzamiento del cierre identitario en sí mismo, alimentando un peligroso soberanismo.

**Respuesta.** Vivimos en un gran mercado planetario que no ha sabido suscitar sentimientos de fraternidad entre los países. Ha creado, de hecho, un miedo generalizado al futuro. Y la pandemia del coronavirus ha iluminado esta contradicción haciéndola aún más evidente. Me hace

pensar en la gran crisis económica de los años treinta, en la que varios países europeos, Alemania e Italia sobre todo, abrazaron el ultranacionalismo. Y, pese a que falte la voluntad hegemónica de los Nazis, hoy me parece indiscutible este cierre en sí mismos. El desarrollo económico-capitalístico, entonces, ha desatado los grandes problemas que afectan nuestro planeta: el deterioro de la biosfera, la crisis general de la democracia, el aumento de las desigualdades y de las injusticias, la proliferación de los armamentos, los nuevos autoritarismos demagógicos (con Estados Unidos y Brasil a la cabeza). Por eso, hoy es necesario favorecer la construcción de una conciencia planetaria bajo su base humanitaria: incentivar la cooperación entre los países con el objetivo principal de hacer crecer los sentimientos de solidaridad y fraternidad entre los pueblos.

La experiencia nos enseña que todas las graves crisis pueden incrementar fenómenos de cierre y de angustia: la caza al infractor o la necesidad de un chivo expiatorio, a menudo identificado con el extranjero o el migrante

**P.** Intentemos analizar esta contradicción en una escala reducida, tomando en consideración el microcosmo de las relaciones personales. La incursión del virus ha puesto en crisis la ideología de fondo que ha dominado las campañas electorales en estos últimos años: eslogan como "America First", "La France d'abord", "Prima gli italiani", "Brasil acima de tudo" han ofrecido una imagen insular de la humanidad, en la que cada individuo parecer ser una isla separada de las otras (utilizando la bonita



metáfora de una meditación de John Donne). En cambio, la pandemia ha mostrado que la humanidad es un único continente y que los seres humanos están ligados profundamente los unos a los otros. Nunca como en este momento de aislamiento (lejos de los afectos, de los amigos, de la vida comunitaria) estamos tomando conciencia de la necesidad del otro. “Yo me quedo en casa” significa no solo proteger a nosotros mismos sino también a los otros individuos con los que formamos nuestra comunidad.

**R.** Así es. La emergencia del virus y las medidas que nos obligan a quedarnos en casa han terminado por estimular nuestro sentimiento de fraternidad. En Francia, por ejemplo, cada noche tenemos una cita en nuestras ventanas para aplaudir a nuestros médicos y al personal hospitalario que, en primera línea, asiste a los enfermos. Me he conmovido, la semana pasada, cuando he visto en televisión, en Nápoles y en otras ciudades italianas, a las personas asomarse a los balcones para cantar juntas el himno nacional o para bailar al ritmo de las canciones populares. Pero está también la otra cara de la moneda. La experiencia nos enseña que todas las graves crisis pueden incrementar fenómenos de cierre y de angustia: la caza al infractor o la de necesidad un chivo expiatorio, a menudo identificado con el extranjero o el migrante. Las crisis pueden favorecer la imaginación creativa (como ocurrió con el New Deal) o provocar regresión.

**P.** ¿Alude también a la Europa que frente a la emergencia sanitaria ha revelado, una vez más, su incapacidad de programar estrategias comunes y solidarias?

**R.** Por supuesto. La pseudo Europa de los banqueros y de los tecnócratas ha masacrado en estas décadas los auténticos ideales europeos, cancelando cada impulso hacia la construcción de una conciencia unitaria. Cada país está gestionando la pandemia de manera independiente, sin una verdadera coordinación. Esperemos que de esta crisis pueda resurgir un espíritu comunitario capaz de superar los errores del pasado: desde la gestión de la emergencia de los migrantes hasta el predominio de las razones financieras sobre las humanas, desde la ausencia de una política internacional europea a la incapacidad de legislar en la materia fiscal.

**P.** ¿Cuál ha sido su reacción frente al primer discurso de Boris Johnson, al despiadado cinismo con el que ha invitado a los ciudadanos británicos a prepararse a los miles de muertos que el coronavirus provocaría y a aceptar los principios del darwinismo social (la supresión de los más débiles)?

**R.** Un ejemplo claro de cómo la razón económica es más importante y más fuerte de la humanitaria: la ganancia vale mucho más de las ingentes pérdidas de seres humanos que la epidemia puede infligir. Al fin y al cabo, el sacrificio de los más frágiles (de las personas ancianas y de los enfermos) es funcional a una lógica de la selección natural. Como ocurre en el mundo del mercado, el que no aguanta la

competencia es destinado a sucumbir. Crear una sociedad auténticamente humana significa oponerse a toda costa a este darwinismo social.

**P.** El presidente Macron ha utilizado la metáfora de la guerra para hablar de la pandemia. ¿Cuáles son las afinidades y las diferencias entre un verdadero conflicto armado y lo que estamos viviendo?

**R.** Yo, que he vivido la guerra, conozco bien los mecanismos. Primero, me parece evidente una diversidad: en guerra, las medidas de confinamiento y toque de queda son impuestas por el enemigo; ahora en cambio es el Estado que lo impone contra el enemigo. La segunda reflexión tiene que ver con la naturaleza del adversario: en una guerra es visible, ahora es invisible. También para aquellos como yo, que han participado en la resistencia, la analogía podría funcionar igualmente: para los partisanos la Gestapo era como un virus, porque se metía en cualquier lado, porque todo lo que estaba alrededor de nosotros habría podido tener oído para informar y denunciar. Ahora no sé si este periodo de confinamiento durará el tiempo suficiente para provocar restricciones que podrían recordar el racionamiento de la comida y los comercios ocultos del mercado negro. Pienso, y espero, que no. De todos modos, no creo que utilizar la metáfora de la guerra pueda ser más útil a comprender esta resistencia a la epidemia.

La pseudo Europa de los tecnócratas ha masacrado los ideales del proyecto

**P.** A propósito de la solidaridad humana: ¿no le parece que los científicos en este momento están promocionando una colaboración internacional para busca de vencer al virus? ¿La llegada de médicos chinos y cubanos en el norte de Italia no es una señal de esperanza?

**R.** Esto es indiscutiblemente positivo. La red planetaria de investigadores testifica un esfuerzo hacia un bien común universal que cruza las fronteras nacionales, los idiomas, el color de la piel. Pero no se deben infravalorar los fenómenos de cohesión nacional: estar, lo recordaba antes, alrededor de los operadores sanitarios que trabajan en los hospitales. Muchos, sin embargo, son dejados fuera de estas nuevas formas de agregación solidaria: personas solas, ancianos y familias pobres no conectadas a la Red, sin considerar los que viven en la calle porque no tienen una casa. Si este régimen durara por un periodo largo, ¿cómo seguiríamos cultivando las relaciones humanas y cómo conseguiríamos tolerar las privaciones?

**P.** Me gustaría que abordáramos otra vez el tema de la ciencia. Después del desastre de la Segunda Guerra Mundial, las primeras relaciones entre Israel y Alemania pasaron a través de los científicos. El año pasado, mientras visitaba el Cern de Ginebra con Fabiola Gianotti, vi alrededor de una mesa investigadores que procedían de países en conflicto entre ellos. ¿No piensa que la investigación científica de base, la que es libre de cada ganancia, pueda contribuir a promocionar en esta emergencia de la pandemia un espíritu de fraternidad universal?

**R.** Claro que sí. La ciencia puede desempeñar un papel importante, pero no decisivo. Puede activar un diálogo entre los trabajadores de diferentes países que en este momento trabajan para crear una vacuna y producir fármacos eficaces. Pero no se debe olvidar que la ciencia es siempre ambivalente. En el pasado, muchos investigadores han trabajado al servicio del poder y de la guerra. Dicho esto, yo confío mucho en esos científicos creativos y llenos de imaginación que ciertamente sabrán promocionar y defender una investigación científica sólida y al servicio de la humanidad.

La red planetaria de investigadores testimonia un esfuerzo hacia un bien común universal que cruza las fronteras nacionales, los idiomas, el color de la piel

**P.** Entra las emergencias que la epidemia ha evidenciado está sobre todo la sanitaria. En algunos países europeos, los Gobiernos han debilitado progresivamente los hospitales con sustanciales recortes de recursos. La escasez de médicos, enfermeros, camas y equipamientos han mostrado una sanidad pública enferma.

**R.** No hay duda de que la sanidad tenga que ser pública y universal. En Europa, en las últimas décadas, hemos sido víctimas de las directivas neoliberales que han insistido en una reducción de los servicios públicos en general. Programar la gestión de los hospitales como si fueran empresas significa concebir los pacientes como mercancía incluida en un ciclo productivo. Esto es otro ejemplo de cómo una visión puramente

financiera pueda producir desastres bajo el punto de vista humano y sanitario.

**P.** La sanidad y la educación constituyen los dos pilares de la dignidad humana (el derecho a la vida y el derecho al conocimiento) y las bases del desarrollo económico de un país. El sistema educativo también ha sufrido recortes terribles en estas décadas.

**R.** La sanidad y la educación, bajo este punto estoy de acuerdo con lo que ha escrito en sus libros, no pueden ser gestionados por una lógica empresarial. Los hospitales o las escuelas y las universidades no pueden generar ganancia económica (¡no deberían vender productos a los clientes que los compran!), pero deben pensar en el bienestar de los ciudadanos y en formar, como decía Montaigne, "teste ben fatte". Se debe reencontrar el espíritu del servicio público que en estas décadas ha sido fuertemente reducido.

La epidemia, con las restricciones que ha generado, nos ha obligado a realizar una saludable desaceleración

**P.** Ahora, con las escuelas y las universidades cerradas, se hace necesario recurrir a la enseñanza a distancia para mantener vivas las relaciones entre profesores y estudiantes.

**R.** Gracias a la tecnología se puede conseguir no romper el hilo de la comunicación. También la televisión en Francia se está organizando para ofrecer programas a los estudiantes de los institutos. Pero la cuestión, como bien sabe, es de fondo: en diferentes libros míos he puesto en

evidencia los límites de nuestro sistema de enseñanza. Pienso que no se adaptó a la complejidad que vivimos desde el punto de vista personal, económico y social. Tenemos una conciencia dividida en compartimentos estancos, incapaz de ofrecer perspectivas unitarias e inadecuadas para enfrentar de manera concreta los problemas del presente. Nuestros estudiantes no aprenden a medirse con los grandes desafíos existenciales, tampoco con la complejidad y la incertidumbre de una realidad en constante mutación. Me parece importante prepararse para entender las interconexiones: cómo una crisis sanitaria puede provocar una crisis económica que, a su vez, produce una crisis social y, por último, existencial.

**P.** Algunos decanos y algunos profesores han considerado la experiencia de la pandemia como una ocasión para relanzar la enseñanza telemática. Pienso que es necesario recordar que ninguna plataforma digital puede cambiar la vida de un alumno. ¿Así no se corre el riesgo de denigrar la importancia esencial de las clases en las aulas y del encuentro humano entre profesor y estudiante?

**R.** Se debe distinguir la excepcionalidad impuesta por el virus de las condiciones normales. Ahora no tenemos elección. Pero conservar el contacto humano, directo, entre profesores y alumnos es fundamental. Solo un profesor que enseña con pasión puede influir realmente en la vida de sus estudiantes. El papel de la enseñanza es sobre todo lo de problematizar, a través de un método basado en preguntas y respuestas capaz de estimular el espíritu crítico y autocrítico de los alumnos. Desde

la infancia, los estudiantes tienen que dejar rienda suelta a su curiosidad, cultivando la reflexión crítica. Enseñar es una misión, como la que están cumpliendo ahora los médicos: se trata, en cualquier caso, de ocuparse de vidas humanas, de personas, de futuros ciudadanos.

Ahora no tenemos elección. Pero conservar el contacto humano, directo, entre profesores y alumnos es fundamental.

**P.** El virus ha conseguido hacer explotar también los límites de la rapidez. El confinamiento en nuestras casas nos ha ayudado a redescubrir la importancia de la lentitud para reflexionar, para entender, para cultivar los afectos.

**R.** Me parece indiscutible. La epidemia, con las restricciones que ha generado, nos ha obligado a realizar una saludable desaceleración. Yo mismo he notado un fuerte cambio en mi ritmo cotidiano: ya no es cronometrado y jalonado como lo era antes. Cuando dejé París para vivir en Montpellier ya noté un notable cambio en el desarrollo de mis jornadas. Ahora, con mayor conciencia, me estoy (nos estamos) reapropiando del tiempo. Bergson había entendido bien la diferencia entre el tiempo vivido (el interior) y el tiempo cronometrado (el exterior). Reconquistar el tiempo interior es un desafío político, pero también ético y existencial.

**P.** Precisamente ahora nos damos cuenta que leer libros, escuchar música, admirar obras de arte es la manera mejor de cultivar nuestra humanidad.



**R.** Sin duda. El confinamiento nos está haciendo dar cuenta de la importancia de la cultura. Una ocasión - a través de estos saberes que nuestra sociedad ha llamado injustamente "inútiles" porque no producen ganancias - para comprender los límites del consumismo y de la carrera sin pausa hacia el dinero y el poder. Habremos aprendido algo en estos tiempos de pandemia si sabemos redescubrir y cultivar los auténticos valores de la vida: el amor, la amistad, la fraternidad, la solidaridad. Valores esenciales que conocemos desde siempre y que desde siempre, desafortunadamente, terminamos por olvidar.

© Corriere della Sera

Fuente: <https://elpais.com/cultura/2020-04-11/edgar-morin-vivimos-en-un-mercado-planetario-que-no-ha-sabido-suscitar-fraternidad-entre-los-pueblos.html>

